



LA MUERTE LLEGARA A LAS SEIS
keith luger

LA MUERTE LLEGARÁ A LAS SEIS

KEITH LUGER

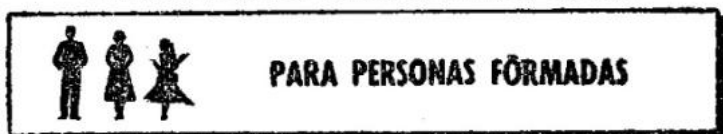
**LA MUERTE
LLEGARÁ A LAS SEIS**

1.^a EDICIÓN
AGOSTO - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



DEPÓSITO LEGAL B 15055 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© KEITH LUGER - 1962

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 2305/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

758. — Justicia para un fugitivo.

En Colección BÚFALO:

451. — El terremoto de Rock Hill.

En Colección SERVICIO SECRETO:

616. — Reto a una ciudad.

En Colección PANTERA:

76. — El hombre de Memphis.

En Colección CONGO:

23. — Rebelión en Argelia.

En Colección TEXAS:

312. — Con el nombre de otro.

En Colección CALIFORNIA:

297. — El buscavidas.

En Colección COLORADO:

249. — El mercenario.

En Colección KANSAS:

216. — Los codiciosos.

En Colección ASES DEL OESTE:

146. — Frente a frente.

En Colección BRAVO OESTE:

81. — Campanas de funeral.

En Colección PUNTO ROJO:

14. — Noches de pánico.

LA MUERTE llegará a las seis

por
KEITH LUGER



CAPÍTULO PRIMERO

Era mi quinceavo día de estancia en el hospital.

Esta vez me habían llevado allí para desalojarme la bala que un bastardo me había metido en la pantorrilla.

Un año atrás, fueron dos costillas rotas. En el verano de 1957, una clavícula hecha puré... Sí, yo era un buen cliente de aquel hospital.

La puerta se abrió dando paso a Marion. Marion es una enfermera que se llevaría de calle el concurso de "Miss Universo". A su lado, las demás candidatas de Miami Beach no tendrían nada que hacer. Marion es alta, llena de promontorios, de valles, algo serio, hermano.

Entró aquella mañana sonriente. Se acercó a donde yo estaba, inclinóse sobre mí y me besó en la nariz.

—Hola, papaíto —dijo.

Juro que no soy su padre. Pero Marion me llamaba así y la cosa tiene su explicación. Una noche la sorprendió en mi cuarto una tormenta y ella se mostró como una niña temerosa de los rayos y truenos. La conforté lo que pude hasta que pasó la borrasca. Maldita

sea, ocurrió demasiado pronto.

Conseguí atraparla de un brazo y tiré de ella.

—Esta no es forma de dar los buenos días, Marion —dije.

Me dispuse a hacerlo a mi manera, besándola en sus rojos labios, pero ella sacó hábilmente la mano del bolsillo y antes de que me pudiese dar cuenta, me introdujo el termómetro en la boca.

—He de tomarte la temperatura, Steve. Orden del doctor.

La vida nos ofrece esos contrastes. Justamente, ella quería tomarme la temperatura cuando yo estaba a punto de alcanzar mi punto de ebullición.

—Tengo que ver a un enfermo, Steve —dijo Marion—. Volveré enseguida. No te quites eso de la boca.

Di un suspiro de resignación y crucé los brazos sobre el pecho mientras ella salía de la estancia.

Al cabo de un rato se abrió otra vez la puerta, pero esta vez no entró Marion.

Era Betty, otra enfermera.

¿Les he hablado alguna vez de Betty? Es la rubia que hubiese deseado ser Marilyn Monroe. Betty posee todos los encantos anatómicos de la exesposa de Joe Di Maggio, aventajándole en fascinación.

Betty, radiante como una diosa, caminó hacia mi cama. Y qué forma de caminar, hermano. Cruzaba las piernas y eso imprimía a todo su cuerpo un movimiento ondulatorio que venía a demostrar la teoría de mi amigo Tommy Reagan sobre la blandura de los cuerpos sólidos.

—¿Cómo estás, hijo?

No, tampoco ella era mi mami.

Se plantó delante con un brazo en jarras y entornó los ojos.

Sonó un chasquido.

Betty bajó sobre mí y me besó en la frente.

Escupí lo que quedaba del termómetro y me lancé sobre Betty, pero ella me burló hábilmente retrocediendo hacia la pared.

—No, Steve. No es bueno para ti.

—¿Qué es lo que no es bueno? Oye, yo soy mi propio doctor —galleé.

—Nos está prohibido estrechar relaciones con nuestros pacientes.

—Al infierno con eso. Ven aquí, Betty.

—Me prometiste llevarme a tu cabaña del Marne.

—Soy de los que no pueden esperar una cita. Tengo muchas ocupaciones cuando estoy fuera del hospital... ¡Betty, por lo que más quieras...!

Sacó una libreta del bolsillo.

—El día veintitrés tengo libre. Está apuntado aquí. Steve Bannion me llevará a su cabaña en el Marne. Pasará por mi apartamento a las cuatro —guardó la libreta y agregó—: Adiós, querido. Estaré esperando ese día con verdadera ansia...

Se fue hacia la puerta con su movimiento ondulatorio y eso me reseco la garganta.

Me tendí en la cama y me cubrí hasta la cabeza.

El mundo es un asco. Sí, señor, lo es. Podría ser un lugar de maravilla, pero siempre ocurre una cosa u otra para que uno se ponga a rezongar maldiciones.

Oí que se abría la puerta.

Sería Betty que estaba arrepentida de su comportamiento y venía a estrechar relaciones, a pesar de la prohibición. Podía ser Marion, que venía a recoger su termómetro. Me daba lo mismo. Cualquiera de ellas era lo que yo necesitaba para completar mi convalecencia.

Me senté en la cama al tiempo que me descubría.

No era Betty. Tampoco era Marion.

Pero ¿qué más daba, infiernos?

Aquella era mi pelirroja. No; no la conocía. Pero siempre he soñado con encontrarme alguna vez con una pelirroja que midiese uno setenta y cinco de talla, cuyo rostro fuese maravillosamente bello, de ojos grandes, rasgados, de un color verdoso, que poseyese unos senos altos, una cintura estrechísima, unas caderas maravillosamente torneadas, unas piernas largas de pantorrilla perfecta y que, además de todo eso, fuese elegante.

Había estado veintisiete años de mi vida, desde que nací, esperando el encuentro con ella. Y se producía ahora, en aquella habitación del hospital.

—¿Steve Bannion?

No pude contestarle porque estaba dedicado a examinarla más atentamente. Quizá yo estaba peor de lo que imaginaba y ella solo

formaba parte de una alucinación.

Ella también me estaba observando, mi cabello rubio que apenas mide una pulgada, mi nariz torcida ligeramente a la izquierda desde que un hijo de perra me pegó un banquetazo cinco años atrás, mis orejas puntiagudas que, según algunas, me dan el aspecto de un fauno, mis ojos azules que, según Betty, son dos taladradoras.

—Por favor, dígame si me he equivocado —habló la hermosa—. Me dijeron que lo encontraría a usted en la habitación 237. He creído ver exactamente ese número en la puerta...

—Sí, yo soy. Solo estaba tratando de recuperar la respiración.

—Soy Sarah Kenton.

Sarah Kenton era una sinfonía en negro. Se cubría con un abrigo de visón negro, un sombrero negro y sus zapatos también eran negros.

Me gusta que la ropa interior sea negra, pero era demasiado pronto para preguntarle a ella sobre ese detalle.

—Quiero contratarle, señor Bannion.

—¿Señora o señorita?

—Señorita.

—Qué quiere que haga por usted, señorita Kenton?

—Quiero que se haga cargo de las cenizas de mi prometido.

A lo largo de mi vida profesional, y llevo ya siete años recibiendo mamporros, me han comisionado para realizar muchas cosas. He buscado hijos o hijas que se fugaron de su casa, joyas que fueron robadas, un testamento que desapareció cuando más falta hacía, esposas demasiado alegres, maridos olvidadizos... Pero nunca me habían pedido que hiciese de sepulturero.

—Quiere explicarse, señorita Kenton?

—Mi prometido era Simon Boyen. ¿No le dice nada eso?

—Perdone, pero no he conocido a ningún Simon Boyen.

—Al parecer, no ha leído los diarios últimamente.

—Nunca lo hago cuando estoy en reparación.

La señorita Kenton se sentó en la silla que había junto a la pared. Por fortuna, la silla estaba lo suficientemente lejos para que yo no pudiese seguir observando a la hermosa en toda su extensión, desde la puntera de sus zapatos de tacón alto hasta su sombrero negro.

El abrigo de visón se había abierto y el extremo de su falda no

acertaba a cubrir sus rodillas...

—Es usted tan impertinente como me dijeron —disparó.

—¿Quién se lo dijo, señorita Kenton?

—Una amiga, la señora Holl.

—Emma Holl —sonreí—. Tengo un gran recuerdo de ella.

Y era verdad. La señora Holl, para quien hice un trabajo, quiso seguir siendo mi cliente, pero no en un sentido profesional. Pero soy un tipo que respeta la institución del matrimonio y le di el boleto para que volviese con su marido. Ustedes ya saben cómo son estas cosas. Crean resentimientos.

—Si le parece, entraremos en materia —dijo, la barbilla orgulosamente levantada.

—Adelante, señorita Kenton. La escucho.

—Mi prometido Simon Boyen era abogado y hace cinco días se llegó a Washington con motivo de un asunto profesional. Al día siguiente de su llegada fue baleado cuando salía del hotel.

—¿Baleado?

—Un coche pasó por la calle a gran velocidad. Por su ventanilla aparecieron dos metralletas, según el portero del propio hotel. Arrojaron no menos de cincuenta balas en unos segundos. Simon recibió cuatro proyectiles en distintas partes del cuerpo. Murió mientras lo transportaban al hospital.

—¿Se ha sabido algo de los agresores?

—Nada, señor Bannion.

—¿Qué asunto era el que su prometido tenía entre manos?

—Simon se disponía a comparecer ante la comisión senatorial, presidida por el senador Arthur Bellini.

—¿Comisión de Actividades ilegales en los Sindicatos?

—Exactamente.

—Ya entiendo, señorita. Su prometido iba a sacar a la luz pública algún manejo sucio.

—Sí, y se refería a Los Ángeles.

—¿Qué sindicato?

—El de Transportes. Pero Simon no hacía la gestión con carácter oficial, sino por cuenta de un cliente.

—¿Un cliente? ¿Quién?

—Peter McKay.

—¿Cuál es la profesión del señor McKay?

—Es propietario de un camión. El día antes de que se marchase a Washington, Simon me habló algo de eso.

—¿Qué le dijo?

—Me explicó que Peter McKay le había entregado unos documentos que él debía presentar en el Comité senatorial. Simon agregó que tales pruebas iban a armar un gran alboroto.

—Bien, señorita Kenton. ¿Qué fue de esas pruebas?

—No sé si han desaparecido o se conservan en el equipaje de Simon. Los padres del que fue mi prometido ordenaron que el cadáver de su hijo fuese incinerado en Washington. Ellos pidieron que las cenizas y el equipaje de su hijo fuesen remitidos desde la capital. Esta mañana me han pedido me haga cargo de todo porque llegará esta tarde a las seis al aeropuerto de Los Ángeles.

—Y usted quiere que la acompañe.

—Pero no en mi coche. Quiero que me siga.

—Ya entiendo, una especie de guardaespaldas.

—Sí.

—¿Qué espera que ocurra?

—No lo sé, pero he pensado que en el equipaje de Simon pueden estar todavía los documentos que se disponía a presentar en Washington. En tal caso, la gente que se siente amenazada hará lo posible por rescatarlos.

Me rasqué una patilla.

—Señorita Kenton, acepto su encargo, pero necesito hablar inmediatamente con Peter McKay.

—No puede.

—Ya entiendo, se encuentra de viaje.

—No, señor. Ha desaparecido.

—¿Cómo lo sabe?

—Peter vive con su hermana Helen —me dio la dirección—. Poco después de haberme enterado de la muerte de Simon traté de ponerme en contacto con Peter, pero él ya se había marchado, y su hermana no supo darme razón de su paradero.

Me quedé pensativo. Unas cuantas veces, a lo largo de los últimos años, había oído hablar del Sindicato de los Camioneros, delegación de Los Ángeles. Era de dominio público que estaba presidido por un antiguo *gangster*, Sandy Evens, un tipo que habría pisado el cuello de su madre si eso le hubiese reportado un dólar.

Pero Sandy no estaba solo para manejar su negocio. Tenía un segundo de a bordo, un tal Rohan McNulty, tan hijo de perra como él.

Recordaba ahora que un par de años atrás un periodista había querido sacar a la luz algunas cosillas relacionadas con el bueno de Sandy y compañía. Pero el periodista chocó contra un camión cuando se dirigía a su periódico, y en el choque perdió los sesos. Esto lo había sabido por un soplo que me habían largado en uno de los lugares que yo acostumbro frecuentar, uno de esos sitios que no recomiendo a nadie que visite si no va acompañado por una docena de policías.

La señorita Kenton se había puesto en pie.

—Saldré de mi casa a las cinco.

—Es preferible que no nos veamos. Dígame su dirección.

Me la dio, y entonces dije:

—Yo estaré a unas yardas de su casa. ¿Va a ir usted sola?

—Sí.

—¿Qué clase de coche es el suyo?

—Un “Cadillac” azul y blanco —a continuación me dio el número de la matrícula.

—De acuerdo, señorita Kenton. No mire a su alrededor cuando salga de su casa, métase en el coche y diríjase al aeropuerto. Iré detrás de usted.

—No hemos hablado de sus honorarios.

—Cobro cuarenta dólares diarios más los gastos.

Abrió su bolso y extrajo un cheque que ya estaba firmado. No podía ir a su encuentro porque estaba en la cama, de modo que ella acudió a mi lado y me alargó el papelito. Era por quinientos dólares.

La miré a los ojos.

—Un abrigo de visón, un “Cadillac” y paga con cheques de quinientos dólares.

—Poseo una pequeña fortuna. Herencia de mi madre.

—Le haré la devolución del sobrante.

—No es necesario. Según me dijeron, usted todavía está convaleciente. Es justo que también pague sus molestias.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta como una reina que hubiese dado por terminada su visita a un vasallo.

Tenía clase la hembra y también poseía el orgullo por toneladas.

—Señorita Kenton.

Ella se volvió.

—¿Sí?

—Nada. Solo quería ver su cara con las cejas enarcadas.

Se empezó a poner roja y también fue un bello espectáculo.

—Señor Bannion, quiero que recuerde una cosa muy importante.

—¿El qué, señorita Kenton?

—Entre usted y yo solo existe una relación puramente profesional. Yo soy su cliente y usted el detective que ha de trabajar para mí.

Y tras decir eso, salió cerrando con un fuerte portazo.

Me eché a reír. Ella era la pelirroja que yo había estado esperando desde que tomé el primer biberón. ¿Qué clase de estúpido eres, Steve Bannion?

Salté de la cama para vestirme. Quería hacer unas cuantas cosas antes de acudir a la cita con la señorita Kenton.

Me había desatado el pantalón del pijama cuando entró Marion y lanzó un grito poniéndose de espaldas.

—No puedes marcharte, Steve —dijo.

—¿No? ¿Por qué no? —repuse mientras me despojaba del pijama y empezaba a ponerme las cosas que había sacado del armario.

—El doctor Jones no te dará el alta hasta dentro de seis días.

—El doctor Jones ignora muchas cosas de la vida, aunque sea un buen médico.

Fue a girar, pero al ver cómo estaba yo, me dio otra vez la espalda.

Cuando terminé de vestirme acudí a su lado, la tomé de la barbilla y la hice girar.

—Me voy, Marion, pero pensaré mucho en ti.

—Pero ¿a dónde vas, Steve? ¿A dónde...?

—Me citó un muerto que llega a las seis.

Agrandó los ojos y yo me fui tirándole un beso.

CAPÍTULO II

Pulsé el botón, y a los pocos segundos me abrió la puerta una morena de veintitrés o veinticuatro años de edad, alta, de rostro picaresco, que se cubría con un batín color azulado. Por el escote en uve vi un trozo de piel color crema de café.

—¿Helen McKay?

—Soy yo.

—Mi nombre es Steve Bannion, detective privado. ¿Puedo hablar con usted, señorita McKay?

Abrió los rojos labios, y por entre ellos dejó asomar la punta de la lengua mientras me observaba atentamente.

—¿Qué desea?

—Preguntarle acerca de su hermano. La señorita Kenton es mi cliente.

El nombre de la pelirroja quebró el hielo.

Me invitó a que pasase.

Fuimos a un *living* de muebles baratos pero limpio. Sobre un armario había una fotografía en que aparecía Helen McKay junto a un hombre alto, de brazos y piernas musculosos y amplio tórax. El tipo era feo como un demonio, pero eso no le importaba a él porque sonreía de oreja a oreja.

—Es mi hermano —dijo Helen.

Tomé una instantánea mental de la cara de Peter McKay y ocupé el sillón que me señalaba la joven. Ella se quedó de pie, frente a mí.

—¿Desde cuándo no ve a su hermano, señorita McKay?

—Hace cuatro días llegó de hacer un viaje a La Jolla. Casi siempre hace la ruta de la costa, hasta los pueblos cercanos a la frontera de Méjico. Lo noté preocupado y le pregunté la razón. Me enseñó un periódico en que se insertaba la noticia del asesinato de Simon Boyen.

—¿Le preguntó respecto a eso?

—No necesité hacerlo. Peter me dijo que Simon Boyen había muerto por su culpa.

—Ya.

—Peter había entregado a Simon ciertos documentos que debía presentar a un Comité Senatorial de Washington.

—¿Qué documentos eran esos?

—Pruebas que servirían para demostrar que los jefes locales del sindicato han utilizado fondos en su propio beneficio, dinero que no ha sido contabilizado. También habló Peter de ciertas cosas sucias relacionadas con préstamos por los que los camioneros pagan altos intereses.

—Entiendo. Eso habría sido la bomba atómica para ciertas personas como Sandy Evens, Rohan McNulty y otros tipos de su calaña.

—Es lo que dijo Peter.

—¿Cómo consiguió Peter esos papeles?

—No me lo dijo.

—¿Qué ocurrió después que Peter le habló de todo eso?

—Aseguró que necesitaba hacer una visita urgente.

—¿A quién?

—No lo dijo. Yo le pedí que cenase primero, pero Peter me aseguró que volvería en el plazo de un par de horas. Pero ya no regresó.

—¿No ha vuelto a tener noticias de él?

—No, señor Bannion.

—¿Conoce a alguna persona que podría darnos algún dato que sirviese?

—Peter contaba con pocos amigos. Sus propios compañeros le huían. Peter nunca ha estado conforme con la política que se lleva en el Sindicato, y cuando tenía ocasión, trataba de convencer a los socios para iniciar una acción en común contra los *gangsters* que ocupan los altos cargos, pero nunca consiguió nada porque todos tenían el miedo metido en el cuerpo.

—¿Dónde encierra el camión su hermano?

—En el garaje de Will Horton —me dio la dirección del garaje.

—¿Ha avisado a la policía?

—Tengo un amigo en la Oficina de Personas Desaparecidas.

—¿Quién es?

—Jess Muson.

Conocía al sargento Jess Muson. Era un buen muchacho y eficiente, pero tenía un defecto, estaba demasiado imbuido por las

exigencias burocráticas.

—¿Le ha dado alguna noticia?

—Por ahora no ha conseguido nada, aunque solo me decidí a avisarle ayer, cuando al regresar a casa de mi trabajo me encontré la casa revuelta.

—Explíqueme eso.

—Habían registrado todos los cajones, en el cuarto de baño, en la cocina y hasta aquí mismo. Dos de los sillones estaban despanzurrados. Una vecina me ayudó a ponerlo todo en orden, y yo misma me ocupé de devolver el relleno a los muebles destripados.

Consideré aquello interesante. Podía significar que los amos del Sindicato no habían recuperado las pruebas o quizá se habían llegado allí por si Peter McKay se había reservado copia de los documentos.

—¿No le dio a guardar nada su hermano?

—No. En absoluto —hizo una pausa—. Hay otra cosa que creo debe saber.

—¿El qué?

—Me han seguido varias veces. Se trata de un coche negro.

—¿Cuándo empezó a notar que la seguían?

—Ayer por la tarde. Trabajo en una cafetería en la calle 62. “La Gaviota”. Salgo a las once. Tenía prisa por volver a casa por si Peter había regresado. Tomé un taxi, y al cabo de un rato, el propio conductor me dijo que había un coche que nos estaba siguiendo. Cuando llegamos aquí despedí al conductor y subí al apartamento. El coche negro se había detenido junto al bordillo de la acera, en la parte de enfrente. Los pude ver desde mi ventana. Estuvieron como cosa de una hora y luego se marcharon, pero esta mañana, cuando me dirigía a mi trabajo, otra vez me siguieron en el coche negro.

—Es una buena noticia. Ellos no han dado con su hermano. ¿Se da cuenta? Green que Peter establecerá contacto con usted y por eso la vigilan.

El rostro de la joven se iluminó con un rayo de esperanza.

—¿Está seguro de que es eso?

Le sonreí.

—Estaría dispuesto a jurarlo ante un tribunal.

Me puse en pie y ella vino detrás de mí.

—Gracias por haber venido, señor Bannion. Me ha tranquilizado mucho.

Le entregué una de mis tarjetas personales, donde consta el número de teléfono de mi apartamento y el de mi despacho.

—Llámemme si ocurre alguna novedad.

Me estrechó la mano y salí de su casa.

Ya en la calle, me fijé en el coche negro que estaba detenido en el otro bordillo. En el asiento delantero había dos hombres.

Me puse un cigarrillo en los labios y crucé a la otra parte arrimándome al sedán.

Asomé la cabeza por la portezuela.

—¿Tienen un fósforo, hermanos?

El hombre más cercano a mí poseía cejas espesas, ojos pequeños de rata de cloaca y bigote de guías que le caían por las comisuras.

El otro, el tipo del volante, era de cabeza pequeña y su cabello aceitoso le resbalaba sobre la frente.

—No fumamos, compañero —dijo la rata, y me escupió el humo del cigarro que acababa de chupar.

—¿Sabe una cosa? Cuando salí de mi apartamento esta mañana, una voz me dijo que me encontraría a dos hijos de perra de tamaño natural. Y estaba temiendo que eso no ocurriese.

El del cigarro empujó la portezuela estrellándomela contra el pecho. Eso me hizo retroceder hacia la pared.

Por el hueco se derramaron los dos tipos. Eran grandullones los dos, de manos fuertes. Los bolsillos de sus abrigos abultaban mucho.

“Cabello Aceitoso” dejó ver su diestra, protegida con nudillos de bronce.

—¿Decía algo, compañero? —murmuró.

—Me interrumpieron el discurso pero ahí va el resto. Quiero que, dejen en paz a Helen McKay. No quiero que toquen a Peter McKay. Olvídense de todos los McKay.

—Eh, Bill —dijo “Bigotes Caídos”—. Este muchacho no sabe que yo soy Lucky McKay.

No tuvo éxito con su chiste, porque Bill ni siquiera intentó una sonrisa.

Lo que intentó fue deshacerme la cara.

Para ello se dirigió hacia mí, balanceando el brazo, cuya mano remataba con la manopla de bronce.

Me tiró un viaje sin más ni más.

Me agaché rápidamente, y su puño se incrustó en la pared haciendo un desconchado.

El tipo lanzó un aullido de dolor.

No me di mucha prisa en atender a Bill “Bigotes Caídos”, y eso me costó un patadón en el estómago.

Me fui hacia el coche y en el camino me llevé por delante las narices del tipo que me había golpeado.

Vi cómo saltaba por el aire y se estrellaba contra el guardabarros delantero.

Como yo había emprendido ese camino, justo cuando se estaba incorporando le aticé en la boca, desclavándole no menos de tres dientes.

“Cabello Aceitoso” se echó sobre mí, soltando juramentos.

Ahora se había cambiado los nudillos de bronce de mano, porque su derecha había quedado inservible por algún tiempo.

Doblé la cabeza cuando vi su zurda y eso fue algo estupendo, porque sus nudillos fueron a estrellarse contra el mentón de su compañero. Vi cómo la cabeza de este parecía saltar del tronco. El golpe había sido como la coza de una mula.

“Cabello Aceitoso” se había quedado observando el resultado de su embestida y fue un buen momento para enseñarle modales.

Le pegué con el filo de la mano en el cuello, y cuando se agachaba tragando aire, le volví a golpear en el mismo sitio.

Cayó de rodillas en el suelo y se puso a vomitar sobre el estribo del coche.

Me acerqué a “Bigotes Caídos”, cuya cara estaba convertida en una lástima.

—¿Cuál es tu nombre?

—Maldito sea... —dijo.

Hice ademán de castigarle y habló muy aprisa.

—Nat Barter, ese es mi nombre.

—¿Y el de tu compañero?

—Bill Porter.

—¿Quién os mandó?

—Váyase al infierno.

—Bueno, puedo decirte el nombre de vuestro patrón. Es Sandy Evens.

—Si lo sabe, déjenos en paz.

—¿Por qué le interesa tanto a vuestro jefe Peter McKay?
¡Contesta antes de que termine de deshacerte la cara, Nat!

—El jefe quiere hablar con Peter McKay acerca de un negocio.

—¿Qué negocio?

—Quiere ofrecer a Peter McKay el cargo de secretario.

Era una falsedad del tamaño de la estatua de Lincoln, pero ¿qué podían decir ellos?

—Muy bien, Nat. Para que veáis que yo tengo ganas de cooperar, le dices a Sandy que, cuando encuentre a McKay, se lo llevaré.

Se puso a pestañear incrédulo.

—Hasta la vista, compañeros.

Tomé el apestoso cigarro que estaba en el suelo y lo puse en su boca, que parecía una raja de sandía.

Bill Porter seguía vomitando. Debía ser un tipo muy glotón.

Mientras cruzaba la calle miré hacia la ventana de Helen y la vi tras los cristales. Hice una “O” con el dedo índice y el pulgar de la mano derecha.

Ella me dirigió una sonrisa.

Monté en mi coche, un “Lincoln” convertible color oro viejo, y me marché de allí, zumbando.

Cuando entré en el garaje de Will Horton me dirigí a un hombre pequeñajo que estaba limpiando un coche con una manguera.

—¿Will Horton? —pregunté.

—En la oficina, a la izquierda —contestó de mala gana.

Le di las gracias y fui a la oficina.

Allí había una muchacha de unos dieciocho años aporreando una máquina.

Un tipo de cabello blanco estaba hablando por un teléfono.

—McKay no ha regresado. Todo sigue igual... Oiga, lo siento, pero yo no le puedo dar más noticias. Peter encierra aquí, y solo sé que dejó el camión hace cuatro días y no ha vuelto por él. ¿Qué quiere que le diga? —hizo una pausa y finalmente colgó.

—Buenas tardes, señor Horton —saludé y le dije quién era—. Yo también me llegué aquí para preguntar por McKay.

Horton frunció las cejas.

—¿Qué diablos pasa con McKay?

—¿No lo sabe usted?

Me miró con precaución.

—No. No lo sé. ¿Tenía que saberlo?

—Pensé que McKay le habría dicho algo.

—No me interesa conocer los asuntos de mis clientes.

—¿Cuánto tiempo lleva encerrando aquí McKay?

—Dos años, puede que tres.

—Usted debe saber cómo piensa McKay respecto a su negocio particular. Usted también es de la profesión, señor Horton.

—Entiendo, usted se refiere al Sindicato.

—Sí.

—No me interesa la política, señor Bannion.

—¿Notó algún cambio últimamente en McKay?

—No. No noté nada.

La joven tosió suavemente.

—Perdón, señor Horton, pero yo recuerdo una cosa con respecto al señor McKay.

Me di cuenta de que Horton iba a impedir que la chica hablase, de modo que me volví rápidamente.

—Diga, señorita, ¿de qué se trata?

—Hace cosa de una semana escuché una conversación entre Peter McKay y Vic Palton.

—¿Quién es Vic Palton?

—Un camionero como McKay.

—¿Qué clase de conversación sostuvieron McKay y Palton, señorita?

—McKay le decía a Palton que se lo iba a hacer pagar a los jefes del Sindicato. Palton se le rio diciendo que otros antes que McKay habían pretendido lo mismo, y que, el que no estaba en la fosa, mendigaba por ahí con una pierna o un brazo menos. McKay le dijo que él no fracasaría, y que antes de una semana, el Sindicato se vería libre de los vampiros que chupaban la sangre, de los asociados —la joven dirigió una mirada temerosa a Horton y se mordió el labio inferior.

—Continúe trabajando, señorita —dijo Horton—. Y usted, señor Bannion, ¿ya terminó su visita?

—Creo que sí.

—¿Entonces le pediré un favor, señor Bannion. No vuelva.

Le enseñé una sonrisa.

—Echaré antes un vistazo al camión de McKay. ¿Dónde está?
Me dijo en qué parte del garaje lo podría encontrar y agregó:

—Cuando se marche, no hace falta que pase a despedirse.

Fui hacia la puerta, y antes de salir me volví hacia la muchacha.

—Si hay oportunidad, Peter McKay sabrá que cuenta aquí con una persona amiga —miré de reojo a Horton y vi que se estaba poniendo colorado.

El camión de Peter estaba en un rincón. Era un “Pontiac”, 12 toneladas. Las portezuelas de la cabina estaban herméticamente cerradas. Eché un vistazo por el cristal de las portezuelas y luego fui a la parte posterior y trepé a lo alto. En el interior del coche solo había una rueda, un saco de arpillería y una barra de hierro.

—Eh, ¿qué hace ahí? —dijo una voz por el otro costado del coche.

Vi una cara de cejas espesas, ojos grandes que parecían cuentas de cristal.

—¿Quién es usted? —pregunté.

—Un empleado de Horton, y mi trabajo consiste en espantar a los ladrones.

—¿Vienen muchos por aquí?

—Usted es hoy el primero. Entrégume lo que ha cogido de ahí.

—No tomé nada.

—Eso lo dice usted. Si no me lo da por las buenas, le voy a hacer daño.

Conocía el juego. Horton le había dado la orden de que me diese un escarmiento. Para eso pagaba a aquel gorila. Resultaba claro que Horton estaba de parte del Sindicato. Cuando yo llegué hablaba con alguno de la comisión de vampiros, como los había calificado el propio McKay, y hasta es muy posible que el tipo que le habló por teléfono le hubiese anunciado mi llegada. “Bigotes Caídos” y “Cabello Aceitoso” habían tenido tiempo para dar la voz de alarma.

El orangután dejó ver su cuerpo entero, un cuerpo que medía uno noventa. Con su mano derecha esgrimía una barra de acero igual que la que había visto en el camión de McKay.

—He dicho que baje de ahí —dijo, y acompañó sus palabras tirándome la barra a los tobillos.

Ya había curado de la herida de bala en la pantorrilla, pero

pensé que si me alcanzaba con la barra iba a estar dos meses en el hospital con la pierna quebrada.

Salté en el aire para evitar el golpe y el acero golpeó contra el camión.

Acabé mi viaje cayendo sobre el tipo.

Los dos caímos al suelo, pero él era tardo de movimientos. Le clavé el codo en la garganta. Es un golpe muy malo, de efectos fulminantes. El tipo empezó a ponerse cárdeno porque le había cambiado la nuez de lugar. Entonces le solté un puñetazo en la sien, desvaneciéndolo.

Ya nada tenía que hacer allí. Fui a la salida pero en el camino asomé la cabeza por la puerta que comunicaba con la oficina.

—Eh, Horton —dije.

Levantó la mirada de unos papeles que estaba consultando e hizo un gesto de sorpresa al verme ileso.

—Tenga cuidado, Horton. Quizá le haga otra visita y entonces me las entenderé con usted.

Tenía el tiempo justo para llegarme a la casa de Sarah Kenton.

Al llegar a sus proximidades vi el “Cadillac” azul y blanco.

Fumé un cigarrillo y bebí un trago de *whisky* del frasco que saqué de la gaveta. Lo estaba devolviendo al hueco cuando vi salir a Sarah Kenton de su casa. Seguía enlutada.

Se detuvo un momento en la acera y pensé que había olvidado mis instrucciones y que me iba a buscar con la mirada. Pero no fue así. Se estaba quitando una motita de polvo de la manga. Ella era muy fina.

Se metió en el coche y emprendió la marcha.

De pronto se apartó un coche color guinda del cordón y fue detrás del “Cadillac”. Era un “De Soto”.

Dejó que el segundo carro cobrase un poco de ventaja y fui detrás.

Los ocupantes del vehículo color guinda eran tres.

Había uno al volante y dos en el asiento trasero.

La cosa prometía ser divertida.

CAPÍTULO III

Fue oscureciendo poco a poco, mientras hacíamos el viaje al aeropuerto.

Conforme nos acercábamos, fui acortando la distancia entre mi coche y el “De Soto”.

El “Cadillac” se salió de la carretera dirigiéndose a la playa de estacionamiento.

El “De Soto” describió una curva más amplia para alejarse un poco del coche de Sarah Kenton, y yo la hice más corta, y de esa forma quedé situado cerca de la carretera para emprender el regreso.

La señorita Kenton saltó del “Cadillac” y se encaminó a las oficinas del aeropuerto.

Dos de los hombres del “De Soto” fueron tras de ella.

Finalmente, me llegó el turno.

Un avión a reacción estaba tomando tierra en una de las pistas más cercanas al edificio, y el silbido de sus motores agujereaba los oídos.

Penetré en el gran vestíbulo, y fijé mi atención en los dos fulanos que me habían precedido. Uno de ellos estaba metiendo una moneda en una máquina escupidora de pastillas de goma. El otro consultaba unos diarios que se vendían en un puesto.

La señorita Kenton se había dirigido al fondo, a la oficina de equipajes.

El tipo de la máquina cobró su cajita y la abrió, metiéndose la pastilla en la boca. Era un tipo alto con aspecto nórdico, de cabello rubio, ojos verdosos y rasgos faciales, duros. El otro era su antítesis. Un muchacho de corte italiano, guapito, de bigote recortado... Pasó por su lado una muchacha con mucha curva bien rellena y se le fueron los ojos detrás.

Yo me había puesto mis gafas oscuras y echado el ala del sombrero sobre la cara, además de haber subido el cuello del sobretodo.

Aparentemente, dediqué mi atención a la pizarra donde se daba

cuenta de los vuelos.

Transcurrieron quince minutos. Al fin apareció la señorita Kenton portando una maleta y una cartera de mano...

El nórdico y el latino se miraron la puntera de los zapatos cuando la pelirroja pasó cerca de ellos camino de la puerta.

Pero enseguida emprendieron la marcha, en cuanto la pelirroja se dirigió a la playa de estacionamiento.

También apreté el paso por junto al edificio.

Faltaban todavía unas diez yardas para llegar a mi coche cuando el “Cadillac” se dirigió lentamente hacia la carretera.

Sarah me vio a través del parabrisas y levantó ligeramente la cabeza, pero yo miré hacia otro lado por si los fulanos me estaban observando.

Entré en el “Lincoln” cuando el “De Soto” había emprendido la carrera tras del “Cadillac”.

Apreté a fondo el acelerador para incorporarme a la carrera.

Un “Mercedes” me pasó zumbando por la izquierda. Debía ir a más de cien.

Llevábamos corriendo cinco millas cuando vi que el “De Soto” salía disparado como una bala.

Pidió paso al “Cadillac”, y este se echó a la derecha.

Cuando el coche de los fulanos estuvo a la altura del de la señorita Kenton, el conductor giró rápidamente el volante.

La señorita Kenton no tuvo más remedio que salirse de la carretera. Naturalmente, para entonces yo había apagado los faros de modo que ellos no podían saber que iba detrás.

Dos hombres saltaron del “De Soto” encaminándose al “Cadillac”, moviendo rápidamente las piernas.

Pisé el pedal del freno a quince yardas de los dos coches, saqué la “Luger” del bolsillo y eché a correr.

Me deslicé por el estrecho pasillo que había quedado entre los dos coches.

El latino ya tenía una cartera en la mano y se disponía a tomar la valija que la señorita Kenton le estaba alargando por el hueco del “Cadillac”.

El rubio mostraba una pistola.

—Fuera armas —dije, anunciando mi llegada.

Los dos quedaron sobrecogidos, como si les hubiese soltado el

rayo paralizador.

La señorita Kenton lanzó un grito y enseguida brotó un fogonazo.

Lancé una maldición al sentir la ráfaga de aire que dejaba tras de sí la bala.

Me volví hacia el asiento delantero del “De Soto” y di mi respuesta. El tipo que había asomado por allí recibió el plomo en las narices y se metió dentro sin despedirse.

—¡Tira la pistola, maldita sea! —grité al rubio.

Se había empezado a volver, pero ahora abrió la mano y el arma cayó al suelo.

—Tú, Caruso —le dije al italiano—. Devuelve los útiles a la señora.

El italiano entregó la cartera a la señora Kenton, quien de esa forma tuvo el equipaje completo de Simon Boyen.

—Vámonos de aquí —dijo Sarah.

Eso es lo que yo hubiese querido. Irme de allí. Pero fui un ingenuo al esperar que las cosas saliesen bien desde el principio.

De pronto algo chocó contra mi cabeza, algo que llegó de detrás.

Sarah lanzó otro grito, pero esta vez lo había hecho un poco retrasado, y en mi profesión, un retraso puede significar la muerte.

Tuve la impresión de que mi cerebro saltaba en pedazos, pero aún conservaba mi pistola en la mano, así que me volví para ponerme de acuerdo con el hijo de perra.

Pero él tenía toda la ventaja y no estaba dispuesto a perderla. Me golpeó otra vez.

La tierra se convirtió en un enorme vacío poblado de estrellas verdes, anaranjadas, azules, rosas... Y en medio de ese cielo yo era como un astro errante.

Choqué contra algo duro, pero luego salí rebotado y continué el viaje a través del espacio y del tiempo.

Un coro de ángeles entonó una canción.

Docenas de violines, centenares de trombones, millares de trompetas ahogaron el coro y toda aquella orgía musical, desenfrenada, se precipitaba por mis oídos.

Entonces me puse a aullar. Pero ninguna estrella quiso oírme, y todas se fueron apagando y yo quedé solo en la noche negra.

Percibí un aroma de Chanel n.º 5.

¿También en el infierno habría perfumes?

Sí, debía ser cosa de la diablesa mayor.

Vi sus ojos sobre mi cara, unos ojos verdosos, rasgados. Y un cabello rojizo. Y una boca de labios muy rojos.

—Buen detective está usted hecho —dijo.

Era Sarah Kenton.

Me llevé la mano a la cabeza y sentí el cabello pegajoso, justo en el lugar donde ahora tenía un chichón.

—¿Qué pasó? —dije mientras me incorporaba quedando sentado en la hierba.

—¿Qué cree usted? Se marcharon con la valija y la cartera. Y también se llevaron a Simon Boyen.

—¿A Simon Boyen?

—¿Es que no recuerda para qué lo contraté?

—Sí, para evitar que le robasen.

—Ya me han robado. Lo peor es que las cenizas de Simón estaban en la cartera.

—¿Cómo lo pudieron hacer? Solo iban tres hombres en el “De Soto”. Liquidé al del volante, y los otros dos...

—Apareció otro coche con el que usted no había contado —me interrumpió.

—¿Sí?

—Se detuvo cerca del suyo.

—Bueno, eso quiere decir que han aprendido algo de mí. Es mi sistema, ¿sabe?

—Su sistema es una ruina... Ahora se acabó todo.

Me puse en pie y estuve a punto de caer, por lo que me apoyé en el portaequipajes del “Cadillac”.

—No soy de los que se dan por vencidos a la primera.

—Sí, pero ¿qué va a hacer ahora? Ellos tienen las pruebas y las destruirán o las incorporarán a su archivo. Usted nunca podrá llegar hasta ellas.

—¿Quiere traerme la botella de *whisky*? Está en la segunda gaveta del asiento delantero.

—¿Solo piensa en eso ahora?

—Oiga, Sarah, la cabeza me da vueltas. Mi memoria solo alcanza hasta los siete años de edad, pero con un trago de *whisky* empezaré a ser un hombre de veintisiete.

Fue a protestar, pero cerró la boca y se fue a mi coche.

A poco regresó con el frasco y se lo arrebaté de las manos con mucha prisa.

Desenrosqué el tapón y le ofrecí la botella.

—No, gracias —renunció.

—Usted solo bebe champaña, ¿eh? —dije, y me aticé un buen trago.

El *whisky* corrió por mis venas y el frío fue desapareciendo. Mis dientes dejaron de castañetear.

Miré a la pelirroja. No se cubría con el abrigo de visón.

—¿Le robaron también el cordero?

—No. Tengo el abrigo en el coche.

—¿Vio al tipo que me zurró?

—Sí.

—¿Cómo era?

—Grande, moreno, con una gran cicatriz sobre la ceja izquierda.

Me eché a reír.

—¿De qué se ríe? —dijo ella.

—Ese que acaba de describir es Chuck Foster, uno de los matones de Sandy Evens... y la cicatriz es obra de mi mano.

—Quiso matarlo.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Le di mi bolso para que no lo hiciese.

Me quedé con la boca abierta.

—¿Cuánto tenía en el bolso?

—Unos ochocientos dólares.

—¿Cree que valgo tanto?

—No, pero usted es mi única esperanza para recuperar las cenizas de Simón.

—¿Solo le interesan ya las cenizas?

—Solo eso.

—Quiere decir que ha hecho en mí una inversión de mil trescientos dólares. Debió querer mucho a Simon Boyen.

—Lo quise.

—¿Qué encontró en él que no tuviesen los demás?

—Era un hombre digno, respetable, educado, correcto. El más caballeroso que he conocido. Sabía hacer honor a su palabra y jamás le gustó la violencia...

—Y cuando la besaba se desinfectaba antes las manos.

Sus ojos irradiaron chispas de furia.

—Usted es un detritus, señor Bannion. No manche la memoria de Simon Boyen. Usted no es digno de calzarle los zapatos. Usted es un vulgar, pendenciero, violento, incorrecto...

Guardó silencio y yo dije:

—Solo falta que me barra y me tire al vertedero.

Alzó la barbilla como ella sabía hacerlo.

—Puede renunciar si quiere. Le regalo los quinientos dólares.

Echó a andar hacia su coche.

Di dos zancadas y la alcancé tomándola del brazo. La hice girar con brusquedad y entonces subí mi mano a su cuello. Era suave y emanaba un calor tibio.

Sus ojos y los míos se miraron.

—Escúcheme, pelirroja —dije haciendo rechinar los dientes—. Es posible que usted tenga razón con respecto a lo que soy. Nunca me gradué en una Universidad. Para ser exacto, aprendí en la calle el noventa por ciento de lo que sé. Me han llamado truhan y otras cosas peores. Es cierto que soy violento porque por todos los caminos me he encontrado con gentuza. Sí, señorita Kenton. Yo soy un detritus de estercolero, pero hay algo en mí que resulta muy beneficioso para mis clientes. Jamás dejo en la estacada a uno de ellos, ¿lo oye? Jamás. Usted me pagó para que yo le entregase cierta mercancía, para que yo la protegiese. Falló el negocio, y ellos se llevaron lo que usted quería conservar. Solo puedo prometerle una cosa, que lo recuperaré para usted. Y si eso no llegara a ocurrir, ya puede estar segura de que me encontrará en la Morgue... ¡Y ahora, lárguese!

Se había quedado quieta como una estatua mientras la tuve sujeta.

La aparté pegándole un empujón.

Estuvo a punto de caer, pero logró mantener el equilibrio. Sus senos se agitaron bajo el vestido negro. Estaba llena de ira. Nadie la había tratado así en todos los días de su vida.

Quiso decir algo, pero la indignación se lo impedía. Entonces echó a andar hacia su coche y se metió dentro.

Puso el motor en marcha, y el coche arrancó con un rugido alejándose rápidamente por la carretera.

Bebí el contenido de la botella dejando el frasco vacío y lo arrojé lejos.

Entonces fui donde estaba el “Lincoln” y también emprendí el camino de la ciudad.

CAPÍTULO IV

Después de la ducha me encontré mucho mejor.

Saqué un frasco de *whisky* del bar y preparé un buen vaso con cubitos de hielo.

De pronto, el teléfono se puso a sonar.

—Steve Bannion —dije por el micro.

—Señor Bannion, soy Helen.

—Hola, muchacha. ¿Algo nuevo?

—Peter me acaba de llamar.

—¿Dónde está?

—Me ha dicho que se encontraba en Dilten, en la zona del río, pero no ha concretado.

—¿Conoce a alguien allí?

—Sí, un viejo amigo de mi padre, un tal Dane Bourke. Tiene una especie de trapería. Se dedica a la compra y venta de metales viejos y papeles.

—¿Qué le ha dicho?

—Solo me ha llamado para decirme que se encuentra perfectamente. Le he hablado de usted y le he contado por qué se había metido en el caso. No le ha gustado que usted intervenga. Dice que el Sindicato puede comprar a todos los detectives privados de la ciudad.

—Sí, es natural que piense así.

—Traté de convencerlo de que usted es un hombre honrado, pero no quiso escucharme. Intenté sacarle la dirección concreta pero no me la dio. Dijo que me llamaría muy pronto.

—¿Le preguntó por qué se esconde?

—No, pero me dijo que solo estaría escondido por un par de días... Lo siento, pero eso es todo.

—Gracias por la llamada, Helen.

Se despidió de mí y colgué después de hacerlo ella.

A partir de ese momento empecé a moverme muy aprisa. Podía apostar doble contra sencillo a que el teléfono de Helen estaba intervenido por la gentuza de Sandy Evens. Eso era lógico, teniendo

en cuenta que Sandy Evens se estaba jugando el pellejo.

La llamada de Helen me había sorprendido tal como había venido al mundo, de modo que tuve que vestirme por completo.

La aguja del velocímetro marcaba los cien cuando pasaba por la orilla izquierda del Hudson hacia Dilten.

Un poco más arriba me encontré con un atasco y tuve que dar una vuelta para no esperar.

Finalmente me encontré con la zona miserable de Dilten.

Las cabañas se levantaban por doquier, cabañas donde vivían mujeres de mal vivir, alcoholizados...

Me metí en un bar, “El Cuervo”.

La atmósfera era irrespirable.

Myrna Spencer, la dueña, me descubrió y se vino hacia mí como una bala.

—Pero ¿dónde te has metido, chico? Hace más de seis meses que no te veo, Steve.

—Anduve con mucho jaleo.

Me guiñó un ojo.

—Las mujeres, ¿eh? Sigues siendo el mismo Steve de siempre.

—Oye, Myrna. Busco a un tal Dane Bourke. Me dijeron que tenía un almacén por estos andurriales.

—Sí, el viejo Dane, sé quién es.

—¿Dónde tiene la choza?

—Solo has de seguir por esta misma calle y al final tuerce a la izquierda. Es la parte del río. Verás un enjambre de naves. La tercera es la de Dane.

—Gracias, Myrna.

—Eh, ¿a dónde vas? Bebe un *whisky*. La casa invita.

—A la vuelta, Myrna. Ahora tengo prisa.

Di vuelta al coche, lo metí por la calle a buena velocidad, pero no pude llegar a los sesenta, porque encontré muchos hoyos y a cada instante parecía que el carro se me iba a desencuadernar.

Finalmente, di vista a los almacenes a que se había referido Myrna.

Salté del “Lincoln” y seguí a pie.

Todo estaba oscuro como boca de lobo.

La parte delantera del almacén daba al río por un muelle sostenido por gruesos troncos.

El aire olía a brea y a desperdicios, según del lado que llegaba el viento.

Subí por una escalera que gimió bajo mi peso.

Miré hacia las barcas que se mecían sobre la superficie.

—Bourke —llamé.

Nadie respondió.

Me dirigí hacia la puerta y accioné el tirador, pero estaba cerrado con llave.

Golpeé en la puerta con la palma de la mano.

—Eh, Bourke, ¿está ahí?

Me contestó una gaviota que sobrevolaba la corriente.

Bajé otra vez por la escalera y me dirigí a la parte trasera.

Metí la mano en el bolsillo atrapando la pistola al descubrir que la puerta estaba abierta.

Me acerqué al hueco y salté al interior llevando la pistola por delante.

Tras un rato de búsqueda, encontré al fin el conmutador de la luz. Le di la vuelta y la nave quedó iluminada.

A la derecha había una montaña de hierros viejos y al otro lado estaban los trapos y los papeles.

Al fondo había un camión de pequeño tonelaje, y frente a él una oficina a oscuras.

La puerta también estaba abierta.

Me dirigí resueltamente hacia allí y encendí la luz.

Lo primero que vi fue el cuerpo que había en el suelo. Era el de un viejo de unos sesenta años. Le habían hendido la cabeza por la mitad. Sus ojos estaban aterrorizados, muy abiertos. La sangre apenas había corrido de su cabeza porque el golpe había sido demasiado brutal. Allí estaba el arma con que lo habían hecho, una pala que el viejo debía utilizar para amontonar sus papeles y sus trapos.

Yo nunca había visto antes de ahora a aquel hombre, pero la muerte siempre es algo desagradable.

Nada en la oficina estaba en desorden. Podía apostar a que la muerte de Dane Bourke había ocurrido en la última media hora.

Me acerqué a la mesa del despacho y eché un vistazo a los papeles que había allí.

En realidad, no sabía lo que buscaba, porque no podía imaginar

que las pruebas contra el Sindicato pudiesen estar a la vista, especialmente después que aquel hombre había sido asesinado.

¿Habrían encontrado a Peter McKay? Y si no estaba en aquel lugar, ¿habrían conseguido del viejo, antes de matarlo, la dirección buena?

Perdí diez minutos mirando papeles relacionados con el negocio de Dane, pero no conseguí nada de lo que me interesaba. Finalmente, decidí atrapar el teléfono. Establecí contacto con la Brigada de Homicidios, y sin decir mi nombre, les indiqué dónde podrían encontrar un cadáver caliente.

No necesité borrar huellas porque había enguantado mis manos.

Decidí regresar por otra ruta.

Algunos polis de Homicidios no me tienen mucha simpatía, y me buscarían las cosquillas de encontrarme en su camino.

Corrí alejándome del Hudson. Mi intención era dirigirme por Allegany Road hacia Badst Bury.

Encendí un cigarrillo y fumé mientras pensaba.

Sandy Evens. Ese era el bastardo con el que estaba enfrentado ahora. Ya tenía dos muertes en su haber. La de Simon Boyen y la de aquel viejo, Dane Bourke. Maldito fuese...

Sentí deseos de aplastarle la cabeza. Juré que lo haría. La ira era algo tangible que yo sentía dentro de mí, que me revolvía las tripas y subía por mi pecho, corría por mi sangre y me nublaba el cerebro.

De pronto, los faros del coche enfocaron la figura de un hombre que se apoyaba en un poste, a un lado del camino.

Frené bruscamente y saqué la pistola. Podía ser una trampa.

Salté fuera y caminé rápidamente hacia aquel hombre.

Los faros del coche lo enfocaban, y de pronto me detuve al ver que la cara del individuo estaba hecha una ruina.

Sí; yo había visto una fotografía suya. Había sido un hombre feo aunque se riese de la vida.

—¡McKay! —dije.

Me estaba mirando con los ojos inyectados en sangre, y de pronto se vino abajo, resbalando por junto al poste que le había servido de sostén.

Acudí a su lado prestamente.

—Se... han... ido —dejó escapar McKay por los pingajos en que se habían convertido sus labios.

Le habían machacado la nariz hasta sacarle el hueso. Sus cejas habían sido quemadas lo mismo que los párpados. Tenía un profundo corte en la garganta.

Fue a decir otra cosa y la boca se le llenó de sangre.

Entonces le levanté la camisa y vi los profundos verdugones que había en su cuerpo. Le habían reventado.

—McKay... Dígame dónde guardó las pruebas. Dígamelo. Soy Bannion. Su hermana le habló de mí...

Abrió los ojos, pero su mirada se perdió errante por las estrellas que nos servían de techo.

—¿Me oye, McKay? Yo lo voy a vengar... Le juro que lo vengaré. Se lo haré pagar a ellos, pero necesito esas pruebas, ¿lo oye? ¡McKay, por lo que más quiera! Haga un esfuerzo. Solo tiene que hacer un esfuerzo.

Sabía que le estaba pidiendo demasiado. Aquel hombre era ya un muerto. Me parecía increíble que no lo estuviese ya después del castigo que le habían infligido.

Le pasé el brazo por la espalda y le levanté la cabeza apoyándola en mi hombro.

Era duro tener que pedirle que hablase. Si hubiese sabido que tenía la menor oportunidad de vivir, ya estaríamos camino de un hospital, pero he visto demasiados agonizantes para saber cuándo la muerte ha elegido su víctima.

—McKay... ¿Me oye?

Ahora, sus ojos me miraron a la cara. Movié una pulgada la cabeza.

Luego, todo aquel tejido sanguinolento que formaba su boca se movió imperceptiblemente.

Agaché mi oreja sobre la dantesca hendidura.

—Pat... Pato... Donald.

Pensé que no lo había entendido bien.

—McKay...

—Pato... Donald —repitió.

Luego, todo su cuerpo se estremeció, y tras eso sentí que se relajaba.

Cuando lo miré, ya tenía los ojos cerrados. Había muerto.

CAPÍTULO V

Entré en el bar y vi a Helen sirviendo en el mostrador. Estaba bonita con su traje blanco y su gorrito con una banda roja.

Había unos cuantos hombres sentados en los taburetes, y justamente, el que se dirigía ahora a Helen lo hizo con voz estropajosa.

—Anda, nena, dime que sí. ¿Por qué no has de salir conmigo?

—Ya le he dicho que estoy comprometida —dijo ella.

En ese momento, Helen me descubrió y me dirigió una sonrisa.

Yo le contesté con otra más débil que la de ella y ocupé un taburete.

Helen vino por mi lado.

—¿Qué va a tomar, señor Bannion?

—Café.

Encendí un cigarrillo.

El borracho estaba hablando otra vez. Se había dado cuenta de que la joven me conocía.

—Los hay que se creen irresistibles.

No le hice caso.

Helen vino hacia mí y me puso el café delante.

—¿Puedo hablar con usted? —dije.

Leyó en mis ojos algo que le puso en guardia.

—¿Es... respecto a Peter?

—Sí.

No pude resistir su mirada y bajé los ojos al café negro que había en la taza.

Entonces me puso la mano sobre el brazo y sus uñas se clavaron en mi carne.

—Dígallo, señor Bannion. Dígallo ahora.

—Es mejor que pida permiso y nos marchemos de aquí.

—Sí, señor Bannion —dijo con voz temblorosa—. Ahora mismo.

No le puse azúcar al café. Necesitaba meter algo en el estómago que fuese amargo.

Vi a Helen hablando con un hombre que debía ser el encargado.

El tipo asintió con la cabeza y la joven desapareció por una puerta.

De pronto sentí una vaharada alcohólica junto a mi cara.

Me volví y vi al borracho a mi lado. Era un tipo de unos cuarenta y cinco años, de cabello enmarañado que se cubría con una chaqueta de cuero.

Parecía fuerte.

—Eh, usted, ¿quién se cree qué es? —escupió.

—¿Le resulto molesto?

—Sí. No me gusta su nariz. Ni sus ojos.

—Le prometo comprar una nueva cara en los saldos del próximo enero.

Tres o cuatro personas rieron mis palabras y eso no le gustó al borracho.

—Se está burlando de mí, ¿eh?

Me volví tranquilamente hacia él y arrimé mi cara a la suya.

—Oiga, amigo, eligió mal el hombre con quien meterse. ¿Lo oye? Eligió mal. Si vuelve a dirigirme la palabra le aplasto su sucia cara. Váyase a dormirla a casa. Váyase.

Le di la espalda para acabar de tomar mi café.

Oí el repiqueteo de unos tacones y Helen llegó por el corredor lista para marcharse.

Dejé unas monedas para pagar el café y salté del taburete.

No dejé que ella se detuviese, la tomé por el brazo y nos fuimos hacia la puerta.

De súbito, el borracho me agarró por una solapa.

—Eh, usted, ¿con qué derecho se la lleva?

—Aparte esa mano, míster.

—Yo la cité primero y no estoy acostumbrado a que me dé plantón una cualquiera.

Le clavé el puño derecho en el estómago, y cuando se vencía le castigué el mentón con la zurda.



Le castigué el mentón con la zurda

El tipo se desplomó sobre el piso y se deslizó cuatro yardas quedando despatarrado.

Salimos del local y llevé a Helen adonde había dejado el coche. Empecé a recorrer las calles sin rumbo fijo.

Helen estaba a mi lado, tesa, envarada.

—Por favor, señor Bannion —dijo.

Es cosa normal que encuentre hombres muertos en mi camino. Es mi profesión. Cuando no los descubro, los mato yo. Pero dar la noticia de una muerte a un familiar es algo que me descompone. Sé que soy un bruto, que nunca encuentro las palabras adecuadas, y ahora, una vez más, me encontraba en esa situación.

—Lo siento, Helen —murmuré. Mi voz me sonó extraña, como la de otra persona.

—¿Está... muerto?

—Sí.

Guardamos otro silencio.

De pronto, ella estalló en sollozos cubriéndose la cara con las manos.

Estábamos en una calle solitaria, de modo que arrimé el coche a la acera y me volví hacia la muchacha pasándole el brazo por los hombros.

—Perdóneme, Helen. Por nada del mundo me habría gustado darle esta noticia. Cuando usted me comunicó lo de la llamada de Peter me puse enseguida en camino. Solo me demoré unos minutos en vestirme. No sé si habría podido evitarlo... No lo sé.

Siguió llorando durante algunos minutos.

—Debo parecerle una cobarde —dijo.

—No, Helen. No lo es. Yo no he podido llorar a ningún familiar jamás. No conocí a mis padres y no tuve hermanos. Pero comprendo lo que usted siente en estos momentos. Sí, creo que lo comprendo —saqué un cigarrillo del paquete y lo encendí.

Al cabo de otros cinco minutos dije:

—Mataron también a Dane Bourke.

—Lléveme dónde está Peter.

—No, Helen. No puedo.

Me miró con los ojos agrandados.

—¿Por qué no? ¿Quiere decir que lo mutilaron?

Era preferible terminar de una vez.

—Lo mataron salvajemente, Helen... ¡Maldita sea, eso hicieron con él!... Perdóneme, Helen, pero no puedo consentir que lo vea.

Ahora no lloró. Se quedó muy seria. Cerró los ojos y sus labios murmuraron algo que debía ser una oración. Luego cayó rendida

sobre el respaldo.

Saqué el frasco de *whisky* y se lo arrimé a la boca.

—Beba.

—No quiero.

—¡He dicho que beba!

Bebí un trago y crispó la cara cuando sintió que le quemaba la garganta y el estómago.

—Dios mío... Él no había hecho daño a nadie, ¿lo oye, Steve? Peter siempre fue un hombre bueno... Siempre. Y ayudó a todo aquel que pudo. Era un hombre entero, y por eso mucha gente lo encontraba poco sociable... Tenía un alto sentido del deber y de la honradez. Por ello se llenaba de ira cada vez que pensaba en esos hombres que rigen el Sindicato. Y ahora ellos...

Bebí un trago del frasco de *whisky*, un largo trago.

Helen prosiguió hablando.

—Sandy Evens... Rohan McNulty... Ellos son los asesinos.

—Sí, Helen.

—Y ahora tienen las pruebas que Peter había logrado.

—Quizá no.

—¿Qué quiere decir? —preguntó mirándome.

—El hecho de que atormentasen a Peter significa que cuando lo atraparon no tenían todavía en su poder las pruebas.

—Pero si lo atormentaron, Peter se vio en la necesidad de decirles el escondite para que lo dejaran en paz.

—Peter murió en mis brazos, pero antes de hacerlo me dijo dos palabras cuando le pregunté acerca de las pruebas que tenía contra los miembros del Sindicato. Me dijo: "Pato Donald".

—¿Pato Donald? Oh, estaría desvariando.

—Me lo dijo dos veces. No; no creo que desvariase. ¿Significan esas palabras algo para usted, Helen?

—No. Sé lo mismo que cualquier persona, que el Pato Donald es un personaje de Walt Disney.

—Peter lo debió decir en un sentido especial... ¿Tiene en casa algún muñeco del Pato Donald?

—No. Solo un oso que precisamente me regaló Peter hace dos años cuando cumplí los veintiuno.

—¿Y Dane Bourke? Vi dos barcas en el muelle. Quizá bautizó una de ellas con el nombre de Pato Donald.

—Una se llama “María”, y la otra “Judith”.

Bebí otro trago.

—Steve... —dijo—. ¿Dónde dejó el cuerpo?

—Debe de estar en la Morgue... Lo notifiqué a la policía sin dar mi nombre. Esos bastardos registraron a Peter y le dejaron sus documentos en la cartera, de modo que la avisarán a usted esta misma noche.

—Lléveme a casa, por favor.

Cuando llegamos al edificio donde se ubicaba su apartamento, saltamos a la acera.

—¿Es mejor que no suba por si viene la policía —dijo.

—Está bien —tomé una de sus manos entre las mías.

—Se ha portado usted como un buen amigo.

—La veré muy pronto.

—Quiero hacerle un ruego.

—¿Sí?

—Deje que los policías hagan el trabajo.

—No puedo, Helen.

—Usted está solo y ellos son muchos. Pueden hacerle lo mismo que a Peter.

—No me asusta.

—Ya le conozco lo suficiente para saber que no le asusta, Steve, y eso es lo que me hace temer que se meterá en el avispero.

—Hice un juramento, Helen... Juré que acabaría con los que atormentaron a su hermano.

—Oh, Steve, no ha debido hacer eso.

Me incliné sobre ella y la besé en la comisura de la boca.

—Buenas noches —dije.

Cuando me alejaba en el “Lincoln”, ella seguía inmóvil en el mismo lugar donde la había dejado.

Encendí un cigarrillo.

Bien; ya había llegado el momento. No podía demorarlo más. Nunca me ha gustado acumular demasiados fracasos sobre mis hombros. Resulta pesado.

Una bella y orgullosa mujer me había encargado que la protegiese, y yo no había sabido hacerlo.

Dos hombres habían muerto porque no llegué a tiempo de salvarlos.

La página del Debe estaba demasiado llena. Ellos se habían apuntado ya unas cuantas victorias. Yo solo tenía derrotas.

Pero no podía esperar con los brazos cruzados. El día que llegase a hacer eso, demolería a puñetazos las letras que había sobre el entrepaño esmerilado de mi puerta. “Steve Bannion. Detective privado”.

No pasaba por alto que me iba a jugar la vida, que era mucho más probable que no viese salir la nueva luz del sol, que quizá dentro de unos minutos, de una hora o de dos, mi cuerpo estaría tan deshecho como el de Peter McKay.

Sí, sabía todo eso.

Pero seguí mi camino hacia el edificio en donde se ubicaba el Sindicato del Transporte.

Nunca lo había visitado por dentro, pero esta era una buena ocasión para echarle un vistazo.

Sandy Evens tenía que estar allí. Aquella noche habían ocurrido muchas cosas y él había estado en su oficina dirigiendo las operaciones.

Sí, Sandy Evens, el Vampiro Mayor, debía encontrarse en su guarida, en el lugar donde chupaba la sangre a los asociados del Sindicato.

Pero también di por descontado que no estaría solo y que habría otros vampiros. Vampiros con pistola que, para culminar su gran noche, ofrecerían muy gustosos a su jefe mi cuerpo acribillado a balazos.

CAPÍTULO VI

Dejé el coche en la playa de estacionamiento y salí fuera.

Miré el edificio que tenía enfrente mientras daba una chupada al cigarrillo. Estaban encendidas las luces correspondientes a la segunda planta y también estaba iluminada la gran puerta de acceso donde no se veía a nadie.

Dejé caer la punta del cigarrillo en el suelo y la aplasté con el tacón del zapato. Luego eché a andar con las manos en los bolsillos, apretando la culata de la pistola.

Llegué al rectángulo de luz y miré por el largo y amplio corredor. No; no había nadie.

“Qué fácil es todo, ¿eh, Steve? Has llegado hasta aquí y no encuentras ningún guardián. Los camioneros saben que su Sindicato está al servicio de ellos y que en cualquier hora del día o de la noche pueden utilizar los servicios de su estupenda organización”.

Reí, pero lo hice cavernosamente. Era una risa nerviosa porque hubiese preferido encontrarme allí con dos matones.

Seguí por el pasillo hasta la jaula del ascensor.

Estaba limpia y era de metal brillante.

Apreté el botón de la segunda planta y me fui para arriba.

Salí a otro corredor tan amplio como el primero.

Tampoco había nadie.

Había una placa sobre una puerta en la que se leía: “Comisión Jurídica”.

En otro entrepaño había una segunda placa. “Asuntos laborales”.

Por fin llegué a la puerta que daba acceso a la sección que me interesaba. Allí las letras eran más grandes, más doradas, más radiantes. “COMISIÓN EJECUTIVA”.

Hice girar el tirador y empujé la puerta hacia dentro, quedándome quieto.

Vi una amplia oficina donde había media docena de mesas. Tras una de ellas había un tipo que portaba lentes, cara muy pálida, cabello revuelto. Estaba leyendo un diario. Al otro lado había una muchacha muy bonita, de cabello rubio, busto bien formado,

embutido en un *sweater* prieto. Se estaba limando las uñas.

Fue ella quien primero me descubrió.

—¿Señor Dowe —dijo—. Hay visita.

Dowe interrumpió la lectura del diario y me miró, iniciando una persuasiva sonrisa.

—¿En qué puedo servirle, amigo?

Eran muy atentos.

Miré a mi espalda, por el corredor, a un lado y otro. Continuaba despejado.

Pasé dentro y cerré la puerta con la puntera del zapato.

Caminé hacia la mesa del señor Dowe y me detuve en la esquina porque desde allí podría dominar la estancia.

La rubia me estaba justipreciando con la mirada.

—Diga —hablo otra vez el señor Dowe, sin borrar su hipócrita sonrisa.

—¿Está Sandy? —pregunté.

—¿Se refiere al Presidente de la Comisión?

—Sí, señor.

—No, no está. Pero no se preocupe, yo puedo atenderle, señor...

—Bannion. Steve Bannion.

—¿Qué es lo suyo, señor Bannion?

—Me quitaron algo esta noche y vengo a recuperarlo.

—Ya entiendo. Se lo debieron quitar de su camión. Algún paquete de mercancías, ¿no es así?

—Vengo por unas cenizas.

—¿Qué?

—Las cenizas de un hombre.

El señor Dowe se puso a parpadear.

—¿Está de broma, señor Bannion?

Me incliné sobre la mesa acercando mi cara a la suya.

—Oiga, Dowe, déjese de pamplinas. No soy de los que soportan mucho tiempo una comedia. Usted sabía quién era yo cuando aparecí en ese hueco.

Se echó atrás.

—No lo tome así, muchacho.

Llevó la mano debajo de la mesa y le sacudí en la muñeca, pero no lo hice con tanta ligereza como para impedir que tocara el botón.

No oí el timbrazo, pero estaba seguro de que se había producido en la habitación del fondo donde se debía ubicar el despacho de Sandy Evens.

Dowe sonrió otra vez.

—Anunciaré su visita al señor Evens.

—Hágalo.

—¿Quiere encargarse de eso, Mary?

La rubia Mary estaba como hipnotizada observándonos.

—Ande, guapa, haga lo que le dicen —le recordé.

—Oh, sí —dijo saliendo de su trance y abrió el circuito de un dictáfono.

—¿Señor Evens?

—Diga, Mary —¿replicó una voz ronca.

—El señor Bannion, Steve Bannion.

—No conozco a ningún señor Bannion.

Reí jovialmente mientras me inclinaba sobre el dictáfono.

—Soy un modesto detective privado, señor Evens. Pido audiencia.

Transcurrieron cinco segundos.

—Muy bien, señor Bannion. Puede pasar.

El Gran Rostro consentía en recibirme.

Eché a andar hacia la puerta del fondo, y al llegar allí giré la cabeza.

Mary y el señor Dowe me observaron con curiosidad. La mirada de Dowe quería decir: “Anda, bastardo, entra ahí dentro. No saldrás vivo. Tú mismo has venido a meterte en la trampa”.

La de Mary decía: “Lástima de chico. Eres fuerte y no tendría inconveniente en salir contigo alguna noche, pero no lo hago con muertos”.

No contesté a ninguno de los dos. Abrí la puerta y entré.

Sandy Evens estaba solo.

La habitación era semicircular, y la mesa corría paralela a la pared formando una especie de anillo.

Sandy Evens debía sentirse muy seguro en el centro. Para cazarlo con un puñetazo uno tenía que volar dos yardas ya que él ocupaba el imaginario centro geométrico de aquel anillo.

Estaba por los cuarenta y cinco años de edad y era robusto, de fuerte complexión, cabeza redonda, cabello rizado. Su tez estaba

bronceada por los rayos ultravioleta, sus mejillas bien rasuradas.

Toda la habitación estaba perfumada porque Sandy Evens debía de gastar la buena colonia por litros. Se cubría con traje caro, con camisa cara...

Todo era caro allí, desde la alfombra en que mis pies se hundían hasta aquel cuadro que había en el centro de la estancia por encima de la cabeza de Sandy: “Venus saliendo de la espuma del mar”.

Sus ojos cerdunos, de los que colgaban grandes bolsas, me miraron glacialmente.

—Siéntese, Bannion —dijo.

Su voz era rígida, autoritaria.

Me senté en un sillón de trescientos dólares y crucé las piernas.

—¿Un cigarro, Bannion? —dijo mostrándome en alto una larga caja.

—No, gracias. Fumaré un cigarrillo.

Él cogió un cigarro, lo mordió y se quitó el trozo de tabaco con las uñas bien limadas y lo dejó en un cenicero.

Luego tomó un grueso encendedor de sobre la mesa del que prendió una llama de gas y su cigarro se puso a echar humo.

Encendí mi cigarrillo con un fósforo.

—Bien, Bannion —dijo apoyando el codo en la mesa.

—Hizo muchas porquerías esta noche, señor Evens.

—¿Qué?

—Sus hombres asaltaron a una mujer, robándole una maleta y una valija de mano. Otra pandilla de sus bastardos asesinó a dos hombres.

Su cara no se alteró lo más mínimo.

—Bannion, ha cometido un error.

—¿Sí?

—Vino a una dirección equivocada.

—No, señor Evens. Esta era la buena dirección, porque es usted la persona que puede solucionar mis problemas.

—¿Sus problemas?

—En la cartera de Simon Boyen que sus hombres limpiaron a Sarah Kenton iba incluido un cofre con las cenizas de Simón Boyen, el hombre que asesinaron ustedes en Washington.

—¿Está haciendo acusaciones gratuitas, Bannion.

—He venido por ese cofre.

—No nos dedicamos a las Pompas Fúnebres.

—Vamos, Sandy. Solo le pido el cofre. No quiero que me entregue la valija de Simon Boyen, ni siquiera la cartera de mano en que guardaba las pruebas que iban a servir para hacerle saltar de ese sillón.

Evens hizo chasquear la lengua.

—Señor Bannion, voy a hablarle muy en serio.

—Adelante.

—Debió medir sus fuerzas antes de meterse con nosotros. Es el consejo que siempre doy a nuestros enemigos. Esta organización sindical es mal vista por mucha gente. Los camioneros siempre han sido impopulares. El público cree que es una profesión de baja estofa, y aunque admito que nuestros afiliados no han podido tener una vasta educación, son seres humanos como los demás, seres con cuerpo y alma que merecen el respeto de la sociedad para la que trabajan.

—Es usted un mal bicho, Evens. Oyéndole se diría que es padre de esos camioneros.

—Soy algo más que su padre. Un padre, a veces se comporta mal con sus hijos. El mío me ataba a las patas de una cama y me sacudía latigazos hasta caer rendido. No, señor Bannion. No soy un padre. Soy el defensor de todos los camioneros que trabajan en este lado de la costa.

Me puse en pie y caminé hacia él con el cigarrillo en los labios.

—Puede reservar sus argumentos para engañar a los estúpidos que todavía conserven su fe en usted, Evens. Tipos de su calaña los hay a docenas por ahí. He tratado con muchos de ellos y ninguno logró jamás engañarme —hice una pausa—. Quiero el cofre que contiene las cenizas de Simón Boyen.

Me miró a los ojos, atentamente, y de pronto, se echó a reír.

—Está bien, Bannion. Creo que se lo puedo entregar porque no me va a hacer daño con ello.

—Eso está mucho mejor.

Se puso en pie y se acercó a una caja de caudales que estaba empotrada en la pared.

—Cuidado con lo que saca, Evens.

Pero pasó de largo por junto a la caja de caudales y se dirigió a un archivo metálico que había en un rincón. Para ese entonces yo

tenía mi pistola en la diestra.

Abrió un profundo y largo cajón. Metió una mano y la sacó enseguida.

Identifiqué la cartera que había pertenecido a Boyen.

La dejó sobre la mesa.

—¿Es esto lo que buscaba?

Atrapé con la mano izquierda la cartera y la atraje hacia mí, No quería abandonar la posesión de mi pistola, de modo que utilicé solo la zurda para abrirla. Dentro había algunos papeles, pero podía apostar a que no tenían importancia. También estaba el cofre lacrado y sellado. En la tapa había adherido un papel en el que se leía. “Cenizas de Simon Boyen”, y a continuación, la fecha de su muerte y la de la incineración, que había sido realizada por John Harper hijo, Avenida Maryland, Washington D. C.

—Voy a agregar la valija —dijo Evens.

Vino hacia la mesa y abrió el circuito.

—¿Mary?

—Diga, señor Evens.

—Diga a Dowe que traiga la maleta que estuve observando hace un rato.

—Sí, señor.

Sandy me sonrió.

—Coopero siempre que puedo, señor Bannion. Espero que usted también lo haga conmigo.

—¿En qué quiere que coopere?

Ocupó otra vez el sillón.

—Verá, señor Bannion. Dirigir una organización sindical como esta, no es cosa fácil; hay muchos intereses en juego. Constantemente, nos vemos sometidos a presiones de toda índole. Los políticos de nuestro país tardaron algún tiempo en darse cuenta de que la organización sindical era la más eficiente fuerza constructiva de la nación. Durante muchas décadas, la organización sindical había sido ignorada, pero de pronto, las altas esferas se fijaron en nosotros. Alguien ha dicho que quien tiene en su mano la organización sindical, tiene también el sillón presidencial de la Casa Blanca. A partir de la gran depresión, y especialmente después de la segunda guerra mundial, los cerebros dirigentes de nuestro país, se han visto en la necesidad de contar con las organizaciones

sindicales para realizar sus grandes empresas.

Otra vez estaba lanzado en su verborrea electoral. Había oído hablar de Sandy y su facilidad de palabra para dirigirse a las masas. Ahora comprendía su poder de sugestión. Utilizaba su lengua como un látigo flagelador.

Habló durante unos minutos sobre la organización sindical, y luego entró en materia.

—Hemos de hacer frente a muchos gastos, señor Bannion. Usted es inteligente y ha debido imaginarlo. Hemos de pagar a la Prensa porque sin ella no se es nadie. Hemos de pagar a mucha gente para que nuestro camino no se vea obstaculizado constantemente. Son inversiones en favor de la organización sindical que no pueden ser contabilizadas.

Ya había llegado a su tendón de Aquiles. Era allí donde le apretaba.

—Por ejemplo, señor Bannion —continuó—. Usted es un hombre eficiente, un hombre al que una organización como la nuestra se enorgullecería de tener entre sus colaboradores. Yo podría ofrecerle diez mil al año. Es una cantidad bastante buena y le abriría las puertas para trabajar con otros sindicatos. Naturalmente, esos diez mil dólares no podrían constar en nuestro presupuesto.

Se abrió la puerta y entró Dowe trayendo la maleta.

Evens le dirigió una furiosa mirada por haber interrumpido el monólogo en su punto culminante.

—Lárguese, Dowe —dijo.

Dowe dejó la valija en el suelo y se retiró.

Eché una ojeada a la valija. Sí; era la misma que Sarah había retirado en la oficina de equipajes del aeropuerto.

Evens me apuntó con el cigarro apagado.

—Bueno, Bannion, sé que es usted inteligente y que aceptará mi oferta. A mi lado, su porvenir será brillante. No tendrá que preocuparse por nada. Tampoco le va a matar el trabajo.

Se hizo un silencio en la estancia. Mis ojos no se apartaban de los de Evens.

—Después de todo —dije—, usted no conoce tan bien a las personas como da a entender.

—¿Qué?

—Ha debido saber desde el primer momento que no aceptaría su

oferta, señor Evens.

Se echó a reír.

—Vamos, vamos, señor Bannion, no quisiera negociar con esto. No le puedo dar más de diez mil.

—No aceptaría trabajar para usted ni por cinco dólares al año. Sus orejas empezaron a enrojecer.

—Bannion...

—Cállese ahora. Estoy hablando yo —me acerqué a la mesa—. Sé lo qué hay detrás de esos gastos que no pueden constar en el presupuesto. Un chalet de recreo en Santa Mónica por valor de ciento cincuenta mil dólares, una participación del cincuenta por ciento en uno de los mejores clubs nocturnos de Las Vegas, un edificio de apartamentos en Nueva York...

—¿Quién le ha hablado de eso? ¡Son calumnias, Bannion!

—Pude enterarme de lo que aquel periodista se disponía a publicar. Si hubiesen sido calumnias, todavía estaría vivo. Usted lo habría hundido con un simple procedimiento judicial. No, Evens. Todo es verdad, aun cuando usted ahora haya camuflado esos negocios poniendo al frente de ellos a otras personas, pero ellos solo son títeres en sus manos.

Hinchó los pulmones de aire y lo exhaló por entre los dientes.

—Bannion, es preferible para usted que acepte.

—No, Evens, y le voy a agregar algo más —apoyé la mano izquierda en la mesa—. Voy a acabar con usted.

Sus ojos aumentaron de tamaño.

—No sabe lo que está diciendo.

—Quiero hacerle pagar sus crímenes.

—Lárguese, Bannion.

—Sí, ya me voy, Evens.

—Es lástima que haya perdido una oportunidad como esta. Recuérdelo cuando se esté muriendo.

Le sonreí enseñándole los dientes.

—Dígale a sus verdugos que no fallen. Dígaselo, porque la próxima vez que venga a buscarlo, no titubearé en meterle una bala entre ceja y ceja.

Tomé la cartera de mano y retrocedí sin darle la espalda.

Con la misma zurda alcancé la valija.

Evens no se movió mientras salía.

El señor Dowe había desaparecido de la oficina. Solo estaba la rubia que continuaba limándose las uñas, pero interrumpió de nuevo su trabajo.

—Hasta la vista, monada —dije.

—Tenga cuidado, Bannion —murmuró cuando pasaba por frente a ella.

La miré a los ojos y vi en ellos una expresión de alarma.

Le di las gracias mudamente y abandoné la oficina.

Bajé la escalera, pero tampoco me estaban esperando fuera, de modo que me dirigí a la plaza de estacionamiento.

Todo estaba silencioso. Ocupé el asiento delantero y dejé a un lado la valija y la cartera.

El “Lincoln” se deslizó por el asfalto.

Aquella calle era muy estrecha. Tenía que salir por el fondo y doblar a la izquierda.

De pronto vi aparecer un coche con los faros apagados.

Frenó bruscamente, de forma que las ventanillas quedaron mirando hacia mí. En el interior había tres hombres.

Hice girar el volante rápidamente y apreté el acelerador. El coche trepó a la acera trazando una curva y luego volvió a la calzada.

La aguja del velocímetro empezó a subir. La parte delantera estaba despejada. De súbito apareció otro coche que adoptó la misma posición que el primero.

No tenía ninguna salida. Estaba acorralado.

Sandy Evens me había dejado ir de su oficina, pero él sabía perfectamente que no escaparía de la ratonera.

CAPÍTULO VII

La aguja del velocímetro empezó a subir. De los cincuenta saltó a los sesenta, y luego a los setenta.

Conforme me acercaba al coche que había al fondo, vi aparecer por cada ventanilla un hombre. Tenían las manos ocupadas por pistolas.

Observé los gestos de asombro que componían sus caras al ver el coche que se lanzaba contra ellos.

Fueron fracciones de segundo, pero en aquellas caras vi reflejado el espanto de la muerte.

Abrí la portezuela de la derecha, arrojé la valija y la cartera fuera, y yo fui detrás.

Justo en ese momento se produjo la colisión. Fue brutal.

Se oyó una terrible explosión.

La popa estuvo a punto de alcanzarme, pero luego me di cuenta de que solo había sido la ráfaga de aire que el coche arrastraba tras de sí.

Rodé por el suelo hasta que mi hombro chocó contra la pared.

A unas veinte yardas de mí se estaba desarrollando un espectáculo dantesco. Vi hierros retorcidos, ruedas girando alocadamente. Y todo aquel amasijo estaba siendo devorado por las llamas.

Un hombre se arrastró por el suelo. Era una tea humana.

No llegó muy lejos porque se desplomó retorciéndose, lanzando aullidos de dolor.

No podía quedarme allí.

Sentí zumbir el otro coche al fondo de la calle. Se acercaba a toda marcha en mi busca.

Atrapé la cartera y la valija y eché a correr.

Por fortuna, el coche de los *gangsters* tuvo que detenerse porque los dos incendiados le impedían el paso.

—¡Allá va! —gritó alguien.

—¡A por él, muchachos! —dijo otro.

Di la vuelta e hice dos disparos sin apuntar.

Un tipo se arrojó al suelo y otro desapareció por la esquina. Seguí corriendo sintiendo latir el pulso en mis sienes.

Un coche avanzaba hacia mí por el centro de la calzada.

Salté sin pestañear y me puse en medio, haciendo señales.

El vehículo, un “Ford”, frenó bruscamente.

Abrí la portezuela y vi una cara gorda que me miraba con asombro.

Mostré en alto la pistola.

—Dé la vuelta rápidamente.

—Sí, señor —balbució el gordito.

Se puso muy nervioso y estuvimos a punto de estrellarnos contra la fachada de un edificio, pero completó la maniobra con un poco de esfuerzo.

—Hunda el pie en el acelerador hasta que lo saque por abajo.

Obedeció mi orden, y en pocos momentos estuvimos corriendo a cien.

Le dije que doblase dos o tres veces.

Al fin, cuando estuvimos lejos del lugar donde había estado a punto de acabar mi carrera, miré al gordo. Largos chorros de sudor le caían por las mejillas y por el cuello.

—¿A dónde quiere que lo lleve? —tartamudeó.

Vi un bar cerca.

—Aquí mismo.

Se arrimó al bordillo de la acera y salté del vehículo con mi carga.

—Gracias, amigo —le dije—. Solo puedo decirle que no llevó en su coche a un salteador. Hágase humo.

Antes de que hubiese terminado la frase, el tipo ya estaba corriendo como un loco. Aposté a que esa noche no dormía.

Entré en el bar y pedí un *whisky*.

Mientras lo servían, me introduje en la cabina telefónica y marqué en el dial.

Tuve que esperar un rato antes de oír su cálida voz.

—¿Sí?

—¿La saqué de la cama?

—Ah, es usted.

—¿Puedo verla?

—No creo que sea la hora más conveniente.

—Pensé que estaría interesada por recuperar cierto cofre.

Se quedó sin habla.

—¿Lo... lo consiguió?

—Aquí lo tengo conmigo.

—Por favor, venga.

—Allá voy.

Encontré un taxi y di al conductor la dirección.

Vivía en la Octava Avenida. Era una casa antigua que podría contar muchas historias.

Subí una escalera y apreté un timbre.

Dentro se oyó un carillón de tres tonos.

La puerta se abrió y la hermosa señorita Kenton me miró muy seria, cubriéndose con un pijama precioso de pantalones negros y camisa roja.

—Pase —dijo muy seria.

Entré en el gran vestíbulo. Al fondo había una escalera central.

Hizo un gesto de sorpresa al ver que llevaba también conmigo la maleta.

Me indicó con la mano el camino y fuimos a parar a una amplia biblioteca, cuyas ventanas estaban defendidas por gruesos cortinajes.

Al fondo, sobre la pared, vi el cuadro de un hombre de cabello blanco, pico de águila, ojos astutos.

—¿Su padre?

—Sí —contestó mientras hacía tintinear el servicio de una bandeja.

Vino hacia mí con dos vasos de *whisky*.

Mientras bebía mi trago la miré a los grandes ojos.

Dejé el vaso sobre la mesa y abrí la cartera de mano, extrayendo el cofre que contenía los restos de Simon Boyen.

—Aquí tiene a su caballero.

Ella lo tomó, diciendo:

—¿Necesita mostrarse sarcástico?

—Lo siento, pero nunca sé decir las cosas apropiadas para cada circunstancia.

Acaricié el cofre con la mano. Leyó la etiqueta que había sobre la cubierta y luego se dirigió al fondo, abrió una caja de caudales y dejó el cofre. Después de cerrar, vino otra vez hacia mí, tomó la

valija y la puso sobre un sillón.

—¿La abrió usted? —inquirió.

—No, pero lo debieron hacer ellos.

Abrió la valija que solo contenía ropa.

Alcanzó la cartera de mano y extrajo su contenido. Estuvo revisando los papeles y después dijo:

—Ninguno de estos documentos se refiere al sindicato de Sandy Evens.

—Lo suponía, y por ello no me molesté en echarles una ojeada.

—Entonces, ahora todo se ha acabado. Sandy Evens tiene las pruebas.

—No. No las tiene. Lo único que ha podido encontrar en la cartera de Simon Boyen debe haber sido una fotografía de los documentos genuinos.

—¿Cómo lo sabe?

Le hice un relato de todo lo que había acontecido desde que me separé de ella.

Cuando hube terminado, la joven tomó su vaso de *whisky* y bebió un pequeño trago. Luego dio la vuelta a la mesa y se sentó abriendo un cajón del que sacó un talonario. Estuvo escribiendo durante un buen rato.

Volvió otra vez junto a mí y me alargó un cheque. Lo tomé entre mis manos y leí la cifra. Era por dos mil dólares.

—Me siento responsable de la pérdida de su coche —dijo.

Doblé el talón y lo metí en el bolsillo.

Ella hizo un gesto de perplejidad.

—Creí que me lo iba a devolver.

—¿Por qué, señorita Kenton? Le dije que yo cobraba cuarenta dólares diarios más los gastos. El destrozo de mi coche queda incluido en el último apartado.

—Pero ya le di quinientos a cuenta.

—Le advertí que le devolvería el sobrante. Cuando hayamos terminado el asunto, le presentaré la oportuna liquidación de cuentas.

—Así que piensa continuar.

—Desde luego.

—No hace falta que lo haga por mí.

—No lo hago por usted.

Las aletas de su nariz palpitaron.

—¿Por qué solo dice cosas desagradables?

—Me gusta ser sincero. Si le resulta desagradable a usted, lo siento.

—¿Por qué quiere proseguir? Usted está en peligro de muerte. Sandy Evens no descansará hasta conseguir verlo bajo tierra.

—Sí, lo sé. Pero yo no abandono un negocio cuando lo he emprendido. Además, en este caso se alía el interés profesional con otro que pudiéramos decir atañen a los sentimientos. Asesinaron a dos hombres casi ante mis propias narices, y a uno de ellos lo maltrataron cruelmente. Le metería mano a Sandy Evens aunque no tuviese un cliente que pagase mis honorarios.

La joven se mojó los labios con la lengua.

—Creo que me excedí... No debí decirle aquellas cosas.

—Tengo también mi lado humano, ¿verdad?

—¿Hay algún momento en su vida en que se abstenga de ser irónico?

—Sí, uno.

—Me gustaría saber cuál es.

Di un paso hacia ella, la atrapé por la cintura y la atraje contra mí, besándola fuertemente en la boca.

Ella no hizo nada por desasirse, y cuando retrocedí dejándola libre dije:

—Bueno, ya lo sabe.

—¡Es usted un...!

—¿No le gustó?

—No.

—Está mintiendo.

—¿Cómo se atreve?

—He sentido correr su sangre por las venas. Y también escuché los latidos de su corazón. Su exquisita educación no le permite reconocer que se encontraba muy a gusto mientras yo la abrazaba.

Me tiró la mano derecha para estrellármela en la cara, pero anduve listo y la atrapé por la muñeca.

Tiré de ella pero se resistía.

Dio un paso. Luego otro. Sus menudos dientes rechinaban. Sus ojos miraban a los míos.

Pero yo era el más fuerte y finalmente la tuve junto a mí.

Poco a poco fue disminuyendo su resistencia. Quedó a mi lado, relajada, los labios entreabiertos.

Entonces acerqué mi boca a la de ella y la besé otra vez.

Dejé su brazo.

Ahora ya no había nada que le impidiese alejarse de mí, golpearme. Era libre.

Entonces, me rodeó el cuello con su brazos.

CAPÍTULO VIII

—Me tengo que marchar, Sarah —dije.

—No, todavía no.

Yo estaba tendido en el diván y ella sentada en el suelo, apoyando sus brazos en mi pecho.

Le pasé el dedo por la frente y por la nariz, y al llegar a sus labios me besó la yema.

—No puedo comprometerte, nena.

—¿Comprometerme?

—Sandy Evens habrá llegado a la conclusión de que puede cazarme aquí. Resultará evidente para él que me he llegado a tu casa para traerte la mercancía robada.

—¿Dónde vas a ir?

—A un hotel.

—¿Cuál?

—No te lo digo.

—Steve...

Puse los pies en el suelo y le acaricié la melena roja.

—No quiero que te ocurra nada, Sarah. No me lo perdonaría nunca.

La besé en la comisura de la boca y me puse en pie.

—¿Cuándo acabará todo esto? —dijo ella.

—No lo sé —me puse la chaqueta que había dejado en el sillón.

—Te voy a echar de menos, Steve. Quiero saber pronto de ti. Llámame, por favor.

—Sí —sacudí la cabeza—. Te llamaré.

Me acompañó hasta la puerta de la calle y allí nos besamos otra vez. Luego salí fuera.

Poco después, mientras caminaba por la acera, me decía a mí mismo que ella era la más maravillosa mujer que había encontrado en mi vida.

Tomé un taxi y le di al conductor la dirección de un hotel situado en el Bronx.

Clin Kevin, el encargado del registro del “Hotel Oriente”, me

recibió con una sonrisa.

—Caramba, Steve, esto está muy muerto sin ti. Cada vez que vienes estoy dispuesto a jurar que hay un buen lío armado en la ciudad y justo tú estás en el centro.

Clin es un muchacho rubio de unos veinticuatro años. Su madre es viuda. Entre los dos llevan el “Hotel Oriente”. No es el “Waldorf Astoria”, pero resulta un hotel decente.

Firmé con el nombre de siempre, Robert Sherman, y Clin me dio la llave de la habitación de todas las veces. Tenía una especial predilección por aquel cuarto, el número 27. Su ventana daba a un callejón, y por la pared, muy cerca a la ventana, corría un canal de desagüe. En una ocasión, gracias a eso, había salvado mi vida.

La primera parte de mi sueño fue una pesadilla. Los bastardos de Sandy Evens me atrapaban en un solar baldío. Me tiraban al suelo pegándome con bolsas llenas de perdigones, con trozos de cañería, con la culata del revólver...

Cuando estaba convertido en un despojo llegaba Sandy Evens y todos se apartaban.

El Gran Rostro tenía un humeante cigarro en la mano. Me dirigía una mirada sonriente, y entonces, sus esbirros se echaban a reír.

De pronto, todos empezaron a correr a una, señalando hacia un lugar por dónde aparecía el Pato Donald, quien al verme allí, tendido, se ponía a chillar con su característico grito.

Por fin, se cansó de gritar y se fue, dejándome solo.

Se oía una música de violines, y por arriba del cielo, entre las estrellas, aparecía una mujer vestida con una túnica como una diosa griega, la mata de pelo rojizo suelta al aire, y venía hacia mí, tendiéndome sus brazos desnudos.

Era Sarah Kenton.

Se detenía y ya no podía avanzar más. Entonces, yo trataba de alcanzarla, pero no podía.

Tras un siglo o dos de angustia, al fin me ponía en pie.

De repente, se desvanecía el muro invisible que nos separaba. Sarah caía en mis brazos, y juntos, nos marchábamos caminando por un sendero de polvo de estrellas.

No hubo tiempo para soñar más.

Cuando me largué del hotel eran las siete de la mañana. Sí,

había dormido muy poco, pero en ciertas situaciones, a uno le basta con un par de horas de sueño.

Necesitaba un coche. A partir de ahora, los bastardos de Sandy Evens me darían caza por toda la ciudad.

Fui al negocio de compra-venta de Mavy Lover. Mavy es la mayor negociante que he conocido desde que me echaron al mundo, una de esas personas que convierten los centavos en dólares.

Cuando entré en su oficina tras haber cruzado el solar en donde reposaban un centenar de coches, ella estaba soltando un discurso a cuatro o de sus agentes. Era una arenga como la que pudiese pronunciar un capitán a sus soldados, unos minutos antes de entrar en fuego.

Los cuatro tipos enarcaron los pechos, respiraron profundamente, y cuando Mavy terminó su discurso, tomaron sus carteras y se lanzaron a la calle como si fuesen a atacar un fortín.

La puerta se cerró tras del último y entonces me puse a aplaudir.

Mavy me fulminó con la mirada, y como compensación, su secretaria Lisabeth me hizo guiñitos.

Mavy cumplió ya los treinta años. Está maravillosamente proporcionada, y todo lo tiene en abundancia. Lisabeth, es menuda, llenita, hocico a lo Brigitte Bardott, nariz respingona y juro que a ella tampoco le falta la menor pieza.

Mavy puso un brazo en jarras.

—¿Mi horóscopo me dijo hoy que tendría un encuentro desagradable.

—Lo tuviste cuando te miraste en el espejo.

Lisabeth se echó a reír pero le duró poco.

Bastó que Mavy hiciese un gesto con la mano para que quedase muy seria.

Luego, Mary dijo:

—Sigues siendo tan cínico como cuando te conocí y ya va para siete años.

Había conocido a Mavy justamente cuando inicié mi carrera de detective. Para ser exactos, Mavy intervino en mi primer caso. Ella por aquel entonces acababa de quedarse viuda. Se había casado unos meses antes con un tipo que era dueño de aquel negocio. Yo contaba con muy poco dinero cuando emprendí la absurda carrera

de investigador privado, y después de comprar los muebles del despacho me dije que también podía comprar a crédito un coche. Tomé la página de asuntos clasificados del periódico y elegí al azar el de Mavy. Me largó un coche que no llegó a andar dos millas. Cuando regresé, no quiso hablar de un cambio. Entonces la empujé a mamporrazos con un par de tipos que intentaron echarme de allí. Cuando acabó la pelea, Mavy había consentido hacer el cambio y luego consintió otras cosas.

Mavy entró en su despacho y yo fui detrás.

Se sentó tras de su larga mesa.

—Bueno, ¿qué es lo que quieres, Steve?

—Un coche.

—¿Otro? Te vendí uno hace dos meses.

—Y te pagué al contado.

—¿Qué has hecho con él?

—Me lo quemaron.

—Eres un destrozón. Es el segundo que gastas este año. Deberías tener más cuidado, Steve.

—Ya lo tengo. Díselo a ellos.

—¿Quiénes son esta vez?

—Sandy Evens.

Se me quedó mirando con la boca abierta.

—No, Steve.

—Sí, querida. Sandy y sus *gangsters*.

—Apártate.

—¿Por qué la gente se obstina en dar consejos que ellos son los primeros en saber que no han de aceptar?

—Grandísimo cabezota. Los que damos consejos creemos que el que los recibe tendrá alguna vez sentido común.

—Tú sabes qué poco sentido común poseo yo.

—Lo sé, Steve. Pero conozco mejor que tú a Sandy Evens.

—Lo imaginé, y por ello he pensado que de paso que me llegaba aquí por el coche me podrías dar información.

—Cuéntame primero de qué se trata.

Se lo conté y cuando hube terminado, Mavy se relajó en la silla dando un suspiro.

—Sandy Evens está demasiado alto.

—Lo haré caer.

—No seas iluso, Steve.

—Oye, Mavy. Sandy Evens no ha podido recuperar los documentos genuinos que Peter McKay consiguió. Deben de estar en alguna parte. Yo los encontraré. Cuando los tenga en mi poder, se habrá acabado el reinado de Sandy Evens.

—Yo sería la primera en alegrarme pero dudo mucho de que vaya a dejar que lo derribes... Lleva muchos años como jefe de su organización y lo ha arreglado todo muy bien. Desgraciadamente, yo también soy una de sus víctimas.

—¿Tú?

—Me hace pagar una cuota mensual.

—¿Cuánto?

—Trescientos dólares.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre. Mi marido ya pagaba doscientos. A mí me subió la tarifa cuando se dieron cuenta de que el negocio iba bien. Son así de listos.

—Maldita sea... ¿Por qué no me contrataste? A veces me he pasado semanas sin que cayese por mi despacho un cliente.

—No lo habría hecho por nada del mundo. Prefiero verte vivo.

Paseé por la estancia frotándome el cogote, rezongando.

—Ese condenado sapo, reptil, bazofia.

—Para ser un reptil eligió una bonita mujer.

—Eso es mercancía fácil de conseguir. Imagino que Sandy tendrá mucha aceptación entre las trotacalles.

—Las tiene de todos los modelos pero siempre hay una favorita. La de turno es una rubia muy mona. La conocí hace cosa de un mes. Nos encontramos por casualidad en el club “Cigüeña”. Yo iba con un amigo. Sandy estaba con su rubia en una mesa. Resultó que mi amigo la había conocido a ella. Se llama Ruth Loomis y es una chica muy ambiciosa. Sandy se la comía con los ojos...

—La conservará por poco tiempo.

—De modo que no te puedo convencer.

—No, Mavy.

—¿Por qué no acudes a la policía?

—¿Qué les puedo contar? Sí, ya sé, la misma historia que te he colgado a ti pero, yo te diré lo que ocurrirá. Los polis me mirarán como si estuviese loco. Ellos necesitan una justificación para

meterle mano a Sandy y esa serpiente de cascabel procura no dar un tropiezo. Para eso paga a buenos abogados. No, Mavy, ese no es el procedimiento para acabar con Sandy. Se necesita algo más que un carnet de policía y un mandato de registro.

—Siempre quieres hacerlo a tu manera.

—No conozco otra... Anda, ya hemos hablado demasiado. Quiero un coche rápido.

—Podría venderte una tortuga. Obtendrías el mismo resultado y te costará menos dinero.

—Déjate de refunfuñar. Soy el cliente.

Fue a replicar algo, probablemente me iba a enviar al infierno, pero guardó silencio y alcanzó el registro de sus coches. Se puso a pasar páginas y finalmente dijo:

—Bueno, aquí lo tienes, un “Jaguar” que solo ha hecho cinco mil kilómetros.

—No soy un millonario.

—Te lo puedo dejar en mil doscientos y no gano nada.

—No tengo mil doscientos para gastar en un coche.

—Paga un dólar al contado y el resto cuando quieras.

—No acepto regalos de ninguna mujer.

Sus ojos se llenaron de cólera.

—¿Quién te lo regala, estúpido? Te lo haré pagar, aunque tenga que enviarte un par de matones.

Saqué el fajo de billetes y le tiré trescientos dólares sobre la mesa.

—Trato hecho —dije.

—Dile a Norman que te lo dé. Es el 3-A. F. J.

Fui a salir pero ella dio la vuelta a la mesa y me tomó del brazo.

—Steve.

—¿Sí?

Yo era solamente tres pulgadas más alto que ella, aunque, naturalmente, Mavy gastaba zapatos de tacones, altos. Mavy es femenina y, a pesar de la energía que desplegaba en su negocio, sabe ser dulce.

—Necesito aquí alguien que se encargue de los morosos...

—No estoy desocupado.

—Trabajarías conmigo al tanto por ciento.

—Ya trabajo para otras personas.

—Calculo que podrías llegar a sacarte los ochocientos mensuales.

—Es un buen sueldo pero, querida, ya te lo he dicho. Y agregaré otra cosa. Me gusta mi profesión.

—Grandísimo cabezota —se alzó de puntillas y me besó en la boca.

Era dulce. Mucho.

Le hice un saludo con la mano y salí fuera.

Encontré a Norman manejando una revista de bañistas.

—¿Qué le parece, señor Bannion? —dijo enseñándome una morena de líneas aerodinámicas—. ¿Qué ha de hacer uno para tener una así?

—Crecer, hijo, crecer.

Compuso una mueca de tristeza mientras contemplaba el suelo, que solo estaba a uno cincuenta y tres de sus ojos.

—Lo he probado todo, señor Bannion, las poleas, las pesas y estuve tres meses durmiendo en una mesa.

Le dije lo que tenía que hacer. Comprarse unos zapatos con una suela de tres pisos y meterse dentro cuatro centímetros de espuma de nylon.

Se puso muy contento. Resulta fácil hacer feliz a un semejante.

Me llevó a donde estaba el “Jaguar”. Parecía nuevo.

—Tenga cuidado con él, señor Bannion. Es un devorapistas. Lo trajeron aquí porque se mataron dos personas con él y para su dueño tenía un mal recuerdo.

Le di unos dólares y me largué de allí.

Fui a Midway Road para probarlo. Lo metí en las ciento veinte y el motor respondió a las mil maravillas. Pero había algo que me ponía nervioso, un muñequito que colgaba sobre el parabrisas, una hurí. Resultaba mona, preciosa, pero uno se podía entretener con sus opulencias cuando se bamboleaban al ritmo de la velocidad.

La quité de allí para arrojarlo por la ventanilla. Las prefería de carne y hueso.

De pronto, un rayo de luz cruzó por mi mente.

Me eché a reír y le di un beso en su lindo estómago.

—Gracias, nena —dije.

Acababa de descifrar el mensaje que Peter McKay me había dado antes de morir.

Pato Donald.

Ahora recordé que cuando me asomé a la cabina del camión de Peter, en el garaje de Will Horton, había visto un muñeco como aquel, el Pato Donald, colgado del parabrisas.

CAPÍTULO IX

Entré en el garaje de Will Horton.

Antes de ir allí había pasado por el apartamento de Helen. Encontré a la chica a punto de marcharse a su trabajo. Le dije que necesitaba las llaves del camión de Peter. Por suerte, Peter guardaba en su dormitorio el duplicado. Le conté a Helen cuál era mi presentimiento, con respecto a las pruebas contra el sindicato de Sandy Evens.

Ella me contó su parte. La noche anterior la policía se había presentado en su casa. El teniente Dove, de Homicidios, le había dado la noticia de la muerte de su hermano. Ella simuló no saber nada. El teniente le hizo muchas preguntas y ella contestó señalando a Sandy Evens y a sus esbirros, como los seguros asesinos de Peter. El teniente Dove no había dicho nada a ese respecto pero se había puesto muy serio.

Conocía al teniente Dove. Era un hombre honrado pero él solo podía hincar el diente en el asado que le pudiesen servir en la mesa. No le estaba permitido abrir las tapas de las cacerolas. Esa era su desventaja con respecto a mí.

Caminé rápidamente hacia el camión.

—Eh, usted —oí una voz a mis espaldas.

Me volví.

Will Horton estaba en el hueco de su oficina.

—¿Hola, Horton —dije—. Voy a echar un vistazo por aquí.

—Le advertí que no volviese.

—Y yo le dije que lo haría.

—Se está buscando complicaciones.

—Oiga, Will, póngale un bozal a su sabueso y átelo con cadena. No me lo tire, o le juro que esta vez lo pagará usted —dije y proseguí mi camino.

El camión de Peter estaba en el mismo lugar donde lo había visto la primera vez.

Abrí la portezuela de la cabina y me metí dentro.

Sí, allí estaba el Pato Donald. Lo tomé con la mano y di un tirón,

arrancándolo de su sitio. Consta de varias piezas. La cabeza, el tronco y las extremidades, habían sido unidas y todas ellas entraban a presión. Quitó la cabeza y observó por el hueco. Sí; allí había algo.

Era una película, un microfilm.

Sonreí al espejo retrovisor. Bien; allí estaban las pruebas contra Sandy Evens.

Puse la cabeza en su lugar y guardé el Pato Donald en el bolsillo interior de mi chaqueta. Luego salté del camión y cerré la portezuela con llave.

Dirigí una mirada por encima del motor. El camino estaba despejado y en la puerta de la oficina, no había nadie.

Había dejado el “Jaguar” a la vuelta de la esquina. Solo tenía que montar en el coche y llegarme a la oficina del fiscal del distrito. Todo muy fácil.

Will Horton apareció otra vez en el hueco de su cubil.

—No ha debido hacer eso, Bannion.

—¿El qué?

—Entrar en el camión de Peter.

—De modo que me ha estado espiando.

—Yo soy responsable de lo que se deposita en mi garaje.

—No me diga.

—Deme lo que ha cogido de ahí.

—Oiga, Horton, es usted más estúpido de lo que parece...

Su cara se empezó a poner lívida.

—Lo denunciaré a la policía, Bannion.

—Ande, Horton, empiece a hacerlo.

Por detrás de él apareció el gorila. No; ahora no llevaba ninguna barra de hierro en la mano, pero apretaba los puños como dos melones.

—Déjemelo a mí, jefe —dijo.

Atacó en tromba.

No me interesaba aquella pelea, pero no me dio tiempo a sacar la pistola porque se me echaba encima.

Le tiré un golpe al plexo solar deteniéndolo, pero él osciló hacia la derecha y me saltó un zurdazo en la mejilla.

El tipo tenía fuerza, porque me mandó al suelo, dando vueltas.

Cuando me iba a incorporar, me soltó un patadón en el hígado.

Ese es un sitio muy malo, compañeros. El aire huyó de mis

pulmones.

Aquel bastardo se echó a reír.

—Ahora verá cómo lo dejo, jefe —dijo.

Yo estaba tratando de recuperar el resuello cuando me tiró la otra pierna hacia la ingle. Me encogí lo que pude y la puntera de su pie solo hizo que rozarme la rodilla. Entonces lo atrapé por el tobillo y se lo retorcí con fuerza. El tipo se derrumbó de bruces.

Me eché sobre él y le castigué en el cuello con el filo de la mano.

Oí un golpe sordo, cuando su frente chocó contra el duro suelo.

El gorila lanzó un gemido.

Empecé a levantarme y, de pronto, me golpearon por detrás con algo que solo podía ser una matraca.



Me golpearon por detrás.

Trastabillé, mientras daba la vuelta. Habían llegado los refuerzos. Eran dos fulanos tan fuertes como el que había dejado fuera de combate.

Uno de ellos, de cabello rojizo, tenía un trozo de plomo en la

mano. El otro sostenía una bolsa muy abultada. No; no era dinero lo que había dentro, sino perdigones o cualquier otra cosa.

Metí la mano en la axila en busca de la pistola, pero el de la bolsa, la lanzó hacia arriba y me pegó en el antebrazo, dejándome inservible el ala.

Oí la voz de Horton.

—No lo hagan aquí, muchachos. Llévenselo. No quiero que me ensucien el suelo.

Unos días antes, el Ayuntamiento había iniciado una campaña de sanidad y aquel bastardo se lo había tomado muy en serio. No; no quería que su piso quedase manchado con mis sesos.

El tipo del plomo, trató de atizarme otra vez. Para ese entonces sentía unas terribles arcadas, pero detuve el golpe y pude colocar mi derecha en el mentón del fulano.

Se fue contra la pared de la oficina de Will y allí quedó desparrado.

Pero el maldito de la bolsa aprovechó la oportunidad de que había quedado de espaldas, para zurrarme en la nuca.

Fue un golpe bestial que me tumbó en el suelo.

No llegué a perder totalmente el conocimiento, pero quedé tan indefenso como un niño recién nacido.

Todo lo demás que ocurrió después, fue como una continuación de la pesadilla.

Sentí que me transportaban y luego, aquellos malditos me arrojaron al interior de un coche como si yo fuese un paquete.

Aplasté la cara sobre la alfombra de goma. Me habían instalado en el asiento posterior. Luego, dos tipos colocaron sus pies sobre mi espalda y sobre los cuartos traseros.

El coche empezó a correr.

Uno de los fulanos, me clavó la puntera en el riñón.

—Eh, muchacho, ¿es que te vas a pasar todo el rato durmiendo? Anda, despierta.

Repitió el golpe y otra vez estuve a punto de perder el sentido. Pero lo peor era lo de la cabeza. Tenía la impresión de que un escultor me estaba clavando su cincel por detrás, confundiéndome con un bloque de granito. Cada martillazo lo sentía en todo el cuerpo.

De pronto sentí un terrible ardor en el cuello.

—Está bien como cenicero —dijo uno.

Aquel bastardo había apagado la punta de su cigarrillo en mi carne.

—Seguro que es bueno —dijo el otro, e hizo lo mismo, pero esta vez era más doloroso, porque era la punta de un habano.

Me encontraba en un estado de semiinconsciencia y quizá por eso lo pude soportar sin dar un solo grito.

Terminó aquella carrera y otra vez me transportaron pero no fueron demasiado delicados al hacerlo. Estuvieron a punto de quebrarme el cuello cuando mi cabeza chocó contra el filo de una puerta.

Finalmente me tiraron otra vez y rodé por un suelo de madera.

Oí que salían de la habitación y todo quedó a oscuras.

No sé cuánto tiempo pasó. Al fin pude mover una pierna y luego otra. Hice un esfuerzo y quedé boca arriba.

Metí la mano en el bolsillo donde había guardado el Pato Donald. Naturalmente, no estaba allí. Y también me habían quitado la pistola. Bueno, ¿qué esperaba?

¿Acaso que me hubiesen puesto cinco mil dólares en el bolsillo?

De pronto la luz me hirió en los ojos.

Otra vez se produjeron ondas de dolor en el cerebro y desde allí, se transmitieron hasta la punta de los pies.

—Hola, bastardo —dijo una voz.

Abrí los ojos poco a poco. Aquel tipo que estaba allí era Rohans McNulty, el segundo de a bordo de Sandy, el hombre que gozaba de toda su confianza. Estaba por los cuarenta años de edad y era alto, moreno, de cara alargada y mentón puntiagudo. Sus ojos parecían los de un exaltado. Juntamente lo que era.

—Te estoy hablando yo, Bannion, y cuando ocurre eso, quiero que la persona a la que me dirijo se ponga en pie —me pegó una patada en la espinilla para que comprendiera bien sus palabras.

Empecé a levantarme, pero caí otra vez en el suelo.

Rohan McNulty lanzó una carcajada que fue coreada por otros dos hombres. Los miré. Eran el pelirrojo y su compañero, los dos fulanos que me habían soltado la paliza.

Al fin conseguí mantener la vertical apoyándome en la pared.

—¿A qué has venido, Rohan? —pregunté.

—Quise verte antes de que te den el boleto.

—¿Vendrá también Sandy?

—No. Sandy está muy ocupado, pero me encargó que te diese sus recuerdos.

—Gracias, todos sois muy amables.

—Sabía que un día u otro acabarías así, muchacho.

—Nunca luché contra vosotros. ¿Por qué esa premonición, Rohan?

Se mordió el labio inferior y luego dijo:

—Leí unas cuantas cosas de ti en los diarios. Cierta periodista estúpido te presentó como el nuevo caballero andante, como un tipo de aquellos que se dedicaban a luchar por los desgraciados.

El periodista al que se refería era Kirk Cagney, un buen chico que ya había sufrido un par de contratiempos por querer escribir con honradez.

—¿Sabes cuál va a ser tu muerte, Bannion? —prosiguió Rohan.

—Me untaréis con gasolina y me pegaréis fuego después.

—No.

—Me sacaréis los dientes uno a uno y luego haréis lo mismo con las uñas y finalmente me meteréis en un saco y me arrojaréis con una piedra al río.

—Está empañada tu bola de cristal.

—Dímelo tú, Rohan.

—Estamos junto a la playa, Steve, pero no es un lugar frecuentado. Esto es una casa particular y también el trozo de costa es privado. Hay unas buenas rocas que impiden la visión fuera. Ya sabes, una especie de bahía.

—Muy interesante.

—Los muchachos te van colgar de los pies.

—Bonito.

—En el mismo borde del mar... ¿Te das cuenta, Bannion? Verás subir la marea poco a poco pero transcurrirán un par de horas o tres antes de que eso empiece a ocurrir. Para entonces estarás extenuado. Durante todo ese tiempo conservarás la vida y luego verás cómo el agua sube, se va acercando a ti. Empezarás a tocarla con el cabello, luego te llegará a la frente, tratarás de subirte hacia arriba y por un buen rato, conseguirás tu propósito, pero de vez en cuando zambullirás la cabeza porque tendrás que tomarte un descanso. ¿Te lo imaginas, Bannion?

—Sí, Rohan.

Rohan se acercó a mí, sonriendo.

—Para ese entonces, vendré a verte y quizá lo haga Sandy. No queremos perdernos el espectáculo.

—¿A quién se le ha ocurrido eso, Rohan?

—Al propio Sandy. Por eso ordenó que te trajesen aquí.

—Sandy es muy humanitario —dije y le tiré la derecha a la cara.

Hacía un buen rato que estaba haciendo acopio de mis energías.

Hice un pleno perfecto. Rohan rodó como un ovillo, estrellándose contra la pared.

CAPÍTULO X

Los dos fulanos se arrojaron sobre mí a una.

Aparté al pelirrojo soltándole un patadón en el bajo vientre pero era demasiada gente para mí y mis movimientos eran muy lentos.

El otro me alcanzó en las narices, que estallaron en sangre y eso dio conmigo en tierra.

El pelirrojo se levantó escupiendo maldiciones. Ahora iban a terminar conmigo.

—Quietos, muchachos —dijo Rohan.

Se quedaron inmóviles.

Rohan se limpió la sangre que le brotaba de la comisura de la boca y se echó a reír otra vez.

—Bannion querría ahora que vosotros terminaseis con él y me temo que no podría resistir mucho teniendo en cuenta su estado. Llevadlo a la playa y atadlo.

Me tomaron por los brazos y me pusieron en pie de un tirón. Luego, el pelirrojo, para asegurarse de que no iba a ofrecer resistencia, me pegó un rodillazo en el vientre.

De esa forma me pudieron llevar a la playa sin que rechistase.

Vi una playa de arena. Era muy pequeña. Lo que más abundaban eran las rocas. Justamente a la derecha había una enorme que terminaba en punta.

El pelirrojo se subió allí y ató una cuerda.

Intenté golpear al otro, pero fue inútil porque él estaba sobre aviso y me pegó en el cuello, derribándome en el suelo.

Me llevaron arrastrando hasta el lugar de donde colgaba la cuerda, me ataron por los tobillos y me suspendieron. Pero habían pensado en todo y luego el pelirrojo se puso de rodillas junto a mí y me trabó las manos.

Cuando hubieron rematado la faena, Rohan vino hacia allí. Yo lo veía al revés, riendo por el tajo de la boca.

—¿Estás contento, Bannion?

—Bastardo.

—Por lo que más quieras, Bannion —dijo con voz irónica—.

Sopórtalo hasta que llegue la marea... Sandy y yo sentiríamos mucho que hubieses muerto para entonces... Hasta luego, muchacho.

El pelirrojo y el otro quedaron conmigo.

Miré las piedras que había abajo, junto a mi cabeza. Estaban secas pero el mar se encontraba solo a una yarda. Las olas morían cerca. Tal como había dicho Sandy, poco a poco vendrían a mi encuentro.

El cielo estaba cubierto por nubes grises y el mar andaba revuelto.

Al cabo de un rato, el pelirrojo dijo:

—Eh, Luke, esto resulta un poco aburrido. ¿Por qué no hacemos una partida?

Luke emitió un gruñido.

—Está bien, Spencer.

El pelirrojo me pegó con la planta del pie en la boca.

—Bueno, chico, tendrás que pasarte un rato sin nosotros.

No tuve fuerzas siquiera para maldecirlo.

Oí cómo se alejaban hacia la casa y luego solo escuché el ruido de las olas que batían las rocas.

Nunca me he resignado a mi propia suerte. He ofrecido gratuitamente ese consejo a muchos y algunos me han dicho que les dio buen resultado.

Buen profesor estaba yo hecho. ¿Cómo iba a salir de allí?

Vi la roca que había bajo mi cabeza. Tenía pronunciadas aristas.

Alargué las manos. Llegué solamente a rozarla con la punta de los dedos.

Di un tirón hacia abajo de la cuerda, luego otro y así estuve un rato.

No sé si me alargué yo o se alargó la cuerda, pero mis manos descansaron sobre la piedra.

Tuve que esperar un poco. La sangre me bajaba a la cabeza. No podría resistirlo mucho tiempo.

Hice rozar la cuerda contra las aristas de la roca una vez, otra, un centenar de veces.

Se fue cortando poco a poco, demasiado lentamente.

Di un tirón fuerte. No conseguí nada. Continué el trabajo. Otro tirón sin resultado.

Era un buen tormento. El mejor que había encontrado a mano entre un centenar.

Al fin la cuerda saltó.

Pero no me podía conceder descanso.

Me impulsé hacia delante y hacia atrás, balanceándome. Luego di un tirón fuerte flexionando el torso todo lo que pude.

Mi columna vertebral crujió como si fuese a partirse en dos, pero enganché la cuerda que ataba mis pies.

Difficil, ¿verdad? Pero póngase en mi caso... Iba a morir. A morir. Y la vida es muy hermosa, hermano.

Desaté el nudo... Y estuve a punto de desnucarme, porque caí de cabeza. Quedé tendido en la arena diciéndome que ahora, aunque los oyese llegar, no me movería. Que me pegasen dos tiros, que me atasen otra vez.

Y de repente oí la voz del pelirrojo.

—¡Eh, Spencer! ¡Se ha soltado! ¡Ese hijo de perra se ha soltado!

Sonó un estampido y eché a correr hacia las rocas como si me hubiesen dicho que iba a ganar una prima de un millón de dólares.

Sonaron otros dos disparos.

Yo estaba zigzagueando y uno de los plomos rebotó en una roca y siguió su camino hacia otra parte. La segunda bala goteó en el agua.

Me arrojé de cabeza por encima de una roca.

Por fortuna, encontré un lecho de arena. Tal como yo estaba, solo habría sido necesario un pequeño golpe para que me quitase yo mismo del medio.

—¡Vamos por él, Spencer! —gritó el pelirrojo.

Cada uno de ellos tenía una pistola.

Yo estaba desarmado y apenas tenía fuerzas para mover los brazos.

Gateé como un desesperado hacia las rocas.

Me metí por un pasadizo y allí quedé quieto.

—Vete por ese lado, Spencer. Yo iré por el otro —dijo el bueno de Luke.

Spencer lanzó una risotada.

—Ese iluso cree que va a poder escapar y no puede hacerlo por ninguna parte.

Bueno, si permanecía allí, uno u otro me descubriría. Esto estaba

claro.

Continué gateando, dejando atrás mi escondite, y luego di la vuelta hacia una roca más grande.

Oí un ruido a la otra parte. Spencer estaba trepando por allí.

Contuve la respiración.

Spencer estuvo a punto de caer y lanzó una imprecación. Luego continuó su camino.

Me pegué a los intersticios de la roca como una lapa.

Spencer saltó al pasadizo.

Para ese entonces tenía yo una piedra en la mano y me arrojé sobre él.

Justo cuando le estrellaba la piedra en la frente, él disparó su pistola. El fogonazo me dio en la cara y en el primer momento no supe si la bala me había agujereado la piel. Los dos caímos, yo encima de él, y permanecemos inmóviles.

Miré su cara llena de sangre. Había perdido el sentido.

Le tomé la pistola y me volví rápidamente al oír un ruido a mis espaldas.

Luke apareció con el arma en la mano y su dedo ya estaba arqueado en el gatillo.

Rodé por el suelo mientras hacía dos disparos.

Luke solo hizo uno.

Fallé el primero y él también falló el suyo, pero la segunda bala que escupió mi pistola le atravesó la garganta.

Fue despedido contra las rocas y arrojó el arma al suelo llevándose las manos al cuello. Luego se fue desplomando poco a poco.

Quiso decir algo, pero por su boca solo escapó un borbotón de sangre y finalmente quedó inmóvil.

Guardé la pistola en el bolsillo mientras miraba a Spencer. Tenía un buen agujero en la frente. Estaba fuera de combate.

Salí de allí y me dirigí a la casa.

Estaba rabioso y hubiese deseado encontrarme con alguien más, pero llegué a la parte trasera donde estaba el coche sin que me hubiese salido al paso otro individuo.

Allá abajo había un portón abierto. El vehículo, un “Ford” de color negro, corrió hacia el portón y gané una avenida bordeada de palmeras.

Entonces me di cuenta de que todo mi cuerpo quemaba. Era presa de la fiebre.

Otra vez sentí los dolores por todo el cuerpo.

Me di cuenta de que no seguía el camino recto, cuando un coche se tuvo que salir fuera de la carretera para no chocar contra el mío.

De un momento a otro iba a perder el conocimiento.

Si me detenía en la carretera y me encontraban así, me llevarían al hospital. Para Sandy Evens, sería muy sencillo acabar conmigo allí.

No; no podía ir a ningún hospital.

De vez en cuando tenía que sacudir la cabeza. Por unos instantes veía bien pero luego otra vez empezaba a danzar todo ante mis ojos.

No sé cómo pude llegar, pero llegué.

Detuve el coche junto al bordillo de la acera y abrí la cancela del jardín.

Crucé el camino de grava y subí al porche.

Entonces Mavy abrió la puerta, no pude resistirlo más y me desplomé a sus pies.

No sé cuánto tiempo transcurrió. Cuando abrí los ojos era de noche. Me encontraba tendido en la cama y mi cuerpo estaba cubierto por un pijama.

Oí ruido detrás de la puerta.

—Mavy —llamé.

Ella apareció enseguida.

—¿Cómo se encuentra, superhombre?

—Mucho mejor, gracias a ti.

—Creí que te morías.

—Solo necesitaba descansar unas horas.

—Son las ocho de la noche y han transcurrido casi veinticuatro horas desde que llegaste.

La miré incrédulo pero supe que era verdad porque ya no tenía dolorido el cuerpo.

—Hube de inyectarte unos cuantos millones de unidades de penicilina —dijo.

—Tengo hambre. Pero antes me ducharé.

—Te prepararé la cena.

—Hazte cuenta que tienes cuatro invitados.

Dijo que sí con la cabeza y salió de la habitación.

Me mareé un poco al saltar de la cama pero después de la ducha, me encontré como nuevo.

El espejo me devolvió la imagen de un Steve Bannion muy deteriorado. Tenía la cara llena de verdugones.

Mi ropa estaba limpia y planchada.

Después de calzarme los zapatos, me peiné y salí al *living*.

Mavy no estaba allí de modo que, me fui a buscarla a la cocina.

Estaba asando un trozo de carne.

Fui por detrás de ella y la rodeé la cintura besándola en el cuello.

—Eh, Steve, me haces cosquillas, ¿quieres dejarme acabar con esto?

Me aparté de ella y abrí el frigorífico. Preparé una buena ración de *whisky*.

—Steve...

—Por favor, querida. Los sermones para cuando haya llenado el estómago.

—Deja en paz a Sandy.

—Solo te diré una cosa. No dejaría en paz a Sandy ni aunque me propusiesen para el sillón presidencial de una gran empresa.

Para que no siguiese hablando de ello, tomé el vaso de *whisky* y me fui al *living*.

Mavy preparó la mesa y comimos los dos en silencio.

Cuando hubimos terminado, despaché dos tazas de café. Luego encendí un cigarrillo y ocupé el diván.

Mavy se sentó a mi lado.

—Steve... ¿Qué es lo que lograste? ¿Nada, verdad? Solo poner en peligro tu vida.

Le sonreí.

—Tuve en mis manos las pruebas que iban a arruinar a Sandy pero ellos las recuperaron.

—Casi me alegro de que las hayan recuperado. Ahora no tienes nada y sería estúpido que volviesses a empezar.

—Volveré a empezar.

—¿Por qué no has de saber perder? Ellos te ganaron la partida.

—Todavía no.

—¿Qué es lo que necesitas para convencerte?

—Solo lo habrían conseguido haciendo lo que iban a hacer, enviándome a la Morgue.

—Ni siquiera te hubiesen enviado a la Morgue.

—Sí, es posible.

—Me basta mirarte a la cara para saber que no tienes ningún camino a seguir.

—Tengo uno.

—Sí, ya sé. La pistola. Irás en busca de Sandy Evens y le pegarás dos tiros.

—Sería lo mejor. El país contraería una deuda conmigo.

—El país te abonaría esa deuda asándote en la silla eléctrica.

—Está bien —grité irritado.

Me puse a pasear de un lado a otro de la estancia.

—¿Qué hay de esa rubia?

—¿Qué rubia?

—Ya sabes, la favorita de turno de Sandy Evens.

—¿Para qué quieres verla a ella?

—No sé. Pero al menos está más cerca que nadie de Sandy.

—No te puedo decir más de lo que te dije.

—Pero tu amigo podría agregar algo.

—Oh, Steve...

—Vamos, llámale.

Permaneció un rato, observándome y finalmente dio un suspiro y atrapó el teléfono de la mesa.

—Buggy... Soy Mavy. Cierta vez me hablaste de Ruth Loomis, ya sabes, aquella chica que estaba con Sandy Evens. ¿Conoces su dirección?

Permaneció un rato a la escucha y, después de colgar, dijo:

—No conoce su dirección, pero Ruth Loomis trabajó en un club nocturno.

—¿Cuál?

—“La Magnolia”.

—Sé dónde está —aplasté el cigarrillo en el cenicero, me agaché sobre Mavy y la besé en los labios.

—Te portaste muy bien conmigo, Mavy.

—Probablemente ya no tendrás otra oportunidad de que haga algo por ti.

—No acabarán conmigo tan fácilmente.

—Te lo he oído decir muchas veces y casi siempre has acertado. Pero un día te fallará la suerte.

La besé otra vez y fui hacia la puerta. Antes de salir del apartamento, vi a Mavy de pie, junto a la mesa. No dijo nada, pero me di cuenta, por su mirada, que se estaba despidiendo de mí por última vez.

Y casi acertó.

CAPÍTULO XI

Un mozo me trajo un *whisky*.

Yo ocupaba un taburete de la barra, en el club “Magnolia”.

Había mucha gente aquella noche, a pesar de que los precios no eran baratos.

Una muchacha de no menos de veinte años, de cabello muy negro y hombros desnudos me pidió fuego.

Acerqué la llama del fósforo a su cigarrillo y ella, después de encender, me arrojó un chorro de humo a la cara. Hay algunos que quedan atontados después de eso, pero esas chicas no deberían utilizar el mismo procedimiento con todos.

Salté del taburete y me fui a la oficina de la dirección.

Entré sin llamar y el hombre que había tras la mesa, alzó los ojos de un montón de papeles. Era un tipo maduro, de cabello canoso y boca muy pequeña.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Solo me llegué aquí para preguntarle por mi sobrina.

—¿Su sobrina?

—Ruth Loomis. Es el nombre con que usted la conoció.

—No me diga que es usted de la familia.

—Soy su tío Nick. La pequeña Ruth me ha llevado de cabeza más de una vez. Pero son cosillas que uno olvida con el tiempo. Ahora me llegué a la ciudad y decidí pasar por aquí para hacer las paces con ella.

—Debe de hacer mucho tiempo que no sabe nada de Ruth.

—Ya lo creo —admití.

—Ruth no está aquí.

—Qué lástima.

—Hasta la vista, Nick.

—Bueno, usted me podrá dar la dirección que tiene ahora.

—La desconozco.

—Si hay que pagar algo... —me eché la mano al bolsillo.

—No, Nick. No tiene que pagar nada. Si conociese el paradero de la muchacha se lo diría —aquí colocó una sonrisa tan falsa como

una moneda hecha con barro.

—Gracias de todas formas —murmuré y salí de la oficina.

Regresé de nuevo a la barra.

La morena de las bocanadas de humo había conseguido ligar con un hombre calvo, que podría ser su padre.

Una mujer de gran hermosura llegó andando muy de prisa. Un hombre iba detrás de ella, rezongando algo por lo bajo.

Los dos pasaron frente a mí y se fueron hacia las cortinas que comunicaban con los camerinos. El rezongador, un tipo moreno, bien parecido, tomó a la hermosa por el brazo, pero ella dio un tirón, consiguiendo desasirse y desapareció por entre las cortinas. El hombre titubeó un instante y por último fue tras ella.

Pensé que el camino que ellos seguían era el bueno para saber acerca de Ruth Loomis, de modo que me puse otra vez en movimiento.

Nadie me impidió el acceso al corredor que estaba desierto.

Pasé junto a una puerta y, de pronto, oí voces.

—Quiero que me dejes en paz, Ivan.

—No, Wanda. Todo lo que eres me lo debes a mí —respondió una voz varonil.

—No me hagas reír. Tú eras un don nadie cuando me encontraste. He sido yo quien te sacó de la cueva donde habías ido a parar. Métetelo en la cabeza. Hemos de separarnos. Soy yo quien decide.

Sonó una bofetada y la mujer, que indudablemente la había recibido, dijo una cosa muy fea. Entonces el hombre la volvió a golpear.

—¡Te voy a quebrar un hueso, Wanda! ¿Lo oyes? Te quebraré un hueso si vuelves a hablar de separación.

Entonces abrí la puerta.

—¿Se puede? —dije.

La hermosa se hallaba junto al espejo, las manos crispadas sobre los muslos, y sus mejillas estaban enrojecidas. Indudablemente, Ivan se disponía a pegarle otra vez, pero al oír mi voz a su espalda, volvió la cabeza.

—¿Qué hace ahí? Lárguese —ladró.

—Sea correcto, amigo.

—¿Correcto? ¿Quién es usted?

—Wade McCoy, empresario de Los Ángeles.

—¿Sí? ¿Y qué quiere, McCoy?

—He venido a contratarla a ella.

—Tendrá usted que contratarnos a los dos...

—No, Ivan. Solo a ella. Tipos como usted los hay a patadas por ahí.

Si le hubiese pinchado, no hubiese sacado de él una sola gota de sangre.

—Oiga, McCoy. Nunca he oído hablar de usted. Debe ser un empresario de tres al cuarto, así dará media vuelta y saldrá de aquí inmediatamente.

—¿Y si no lo hago?

—Me voy a enfadar mucho.

Sacudí la cabeza.

—Ande, Ivan. Enfádese.

—Está bien, McCoy. Esto es para que aprenda.

Hizo como si me fuera a tirar la izquierda, pero me lanzó la derecha. Era un truco tan gastado que casi me dio vergüenza pararlo. Pero ya tenía el cupo de aquel mes y no quería que me señalasen de nuevo. Bloqueé su puño y le contesté con una izquierda sesgada.

Ivan recibió el golpe en el maxilar inferior y se desplomó quedando completamente inmóvil.

—Dios mío —exclamó Wanda—. ¿Qué ha hecho?

—Solo estará sin conocimiento un rato, pero puedo agregarle otro golpe de propina, si quiere que duerma toda la noche.

—Se lo agradezco, señor McCoy, pero creo que Ivan ya tuvo bastante.

—Muy generosa, teniendo en cuenta el trato que él le ha dado.

—Ivan quiere explotarme. Solo me da un veinticinco por ciento de la cantidad que ofrecen por nuestra actuación. Lo he soportado durante un par de años. Cuando le dije que quería la mitad me amenazó. Por ello quise separarme de él. Se había hecho desagradable. No quiere que acepte una sola invitación de un admirador, y justamente ayer me ofrecieron un buen contrato en el Olympia de Nueva Orleans. Pero creo que me conviene más el suyo. Usted mantendría a raya a Ivan mejor que el señor Arch.

—Lo siento, Wanda, pero no soy empresario, sino un detective

privado. Oí el jaleo desde fuera y decidí echarle una mano.

Ivan empezó a volver en sí. Se puso en pie y sus ojos me miraron con temor.

—Oiga, Ivan —le dije—. Será mejor que se busque otra prima. La chica se queda conmigo. ¿Entendido?

Ivan se volvió rápidamente, abrió un armario y extrajo una valija.

Fue hacia la puerta, pero en el camino se detuvo y volvióse hacia la muchacha.

—Crees que llegarás muy lejos sin mí, ¿eh?... Te equivocas, nena. Muy pronto me echarás de menos y para ese entonces no vengas a mi lado, porque te daré con la puerta en las narices.

Inmediatamente, salió pegando un portazo.

Wanda rio apretándose la sienes con la mano.

—Es increíble...

—¿Qué es lo increíble? —pregunté.

—Antes de que usted apareciese, me parecía imposible que pudiese librarme de él. No sabe lo agradecida que le estoy, señor...

—Bannion, Steve Bannion.

—Creo que he oído hablar de Steve Bannion... Bueno, el caso es que quisiera devolverle el favor.

—Quizá pueda hacerlo.

—¿De qué forma? —dijo y en sus ojos hubo una insinuación.

—¿Conoce a Ruth Loomis? Me dijeron que trabajaba aquí.

—Sí, la conocí, aunque tuve poca amistad con ella.

—Quiero verla.

—¿Solo eso?

—Si me da su dirección, me consideraré pagado.

—Solo tendrá que esperar unos minutos.

Iba camino de la puerta y la tomé por el brazo.

—Espere, Wanda. Debo advertirle que estuve hablando con el jefazo y él se negó a soltar la prenda.

—De modo que habló con Tom. Bueno, no hace falta que acuda a él. Hay aquí otra persona que también conoció mucho a Ruth. Es uno de los camareros.

Se marchó y durante su ausencia fumé un cigarrillo.

Cuando regresó dijo:

—Sabía que lo conseguiría —a continuación me dio la dirección

de Ruth y luego agregó—: No sé por qué busca a la muchacha, pero quiero avisarle.

—¿Respecto a qué?

—Ruth es la amiga actual de Sandy Evens, un alto jefe del sindicato.

—Lo sé, Wanda.

Le di la mano y cambiamos un apretón.

—Si alguna vez se aburre, me hospedo en el hotel Sandford —dijo.

—Lo tendré en cuenta —repuse y salí de allí.

Cruzaba la sala junto al bar, cuando una mano me tocó por el brazo. El propietario de la mano era un hombretón de casi dos metros de altura. Se cubría con un *smoking* pero le sentaba tan bien como a Elizabeth Taylor un traje de buzo.

Sus dedos me apretaron fuertemente la carne.

—¿Qué le pasa, amigo? —inquirí.

—No nos gustan los husmeadores.

—A mí tampoco.

—Se llegó aquí para hacer unas preguntas acerca de Ruth Loomis.

Miró a la puerta de la oficina. Allí estaba el hombre del cabello canoso.

—Pero no tuve suerte —dije—. Nadie me supo dar razón.

El gigante entornó los ojos porque no supo si yo estaba hablando en serio.

—Bueno, márchese y olvide el camino.

—Ya me iba, hermano. Pero devuélvame el brazo. Es mío. ¿Se acuerda?

Me solté y entonces seguí el camino hacia la calle.

Seguía manejando el coche en que los matones me llevaron a la casa de junto a la playa. Suponía que mi “Jaguar” continuaba cerca del garaje de Horton, pero no era cuestión de ir por él.

Fui a la dirección de Ruth Loomis.

Nadie me interrumpió el paso cuando crucé por el corredor.

Una vez arriba, reenvié la jaula y me acerqué a la puerta marcada con el número diecinueve.

Apreté el timbre.

Me abrió una mujer de cabello rubio platino, esbelta, muy

bonita. Se cubría con un pijama chino.

—¿Ruth Loomis?

—¿Sí?

—Quisiera hablar con usted, señorita Loomis.

—Todavía no me ha dicho quién es.

—Steve Bannion, detective privado.

La rubia platino enarcó las cejas.

—Pase —dijo al fin.

El apartamento estaba muy bien decorado.

—¿Whisky? —preguntó la muchacha.

—Sí.

Se trasladó al bar que estaba en un rincón y tomó una botella.

—El mío seco —dije.

Ella lo preparó con cubitos de hielo.

Fui a su lado y alcancé el vaso de *whisky* puro.

—Le escucho, señor Bannion.

—¿Está esperando a Sandy?

Me miró durante un segundo sin decir nada.

—Es usted un poco extraño, señor Bannion. ¿Se conduce así siempre?

—Un detective privado dice y hace las cosas más insospechadas.

—De modo que tiene interés por Sandy.

—Mucho.

—Y por el tono de su voz aseguraría que tiene ganas de atraparlo por el cuello.

Me eché a reír.

—Es usted buena psicóloga, Ruth.

Puso en marcha un tocadiscos, se acercó al sillón y se sentó poniendo los pies arriba, cruzados, como un buda. Estaba graciosa mirándome con la cabeza ligeramente ladeada, jugueteando con el vaso de *whisky*.

—¿Qué le ha hecho Sandy?

—Poca cosa, Solo quiso matarme.

—Bueno, imagino que Sandy habrá tenido sus razones.

—Quiero acabar con él.

—¿Y quién gana por ahora?

—Él.

—¿Tiene usted alguna esperanza de que las cosas cambien?

—Sí —dije—. Pero depende de usted.

—Creo que ya le entiendo. Ha venido aquí para sonsacarme.

—Exactamente.

—¿Qué es usted, Bannion? ¿Un estúpido o un atrevido?

—Dé usted la respuesta.

—No, no creo que sea un estúpido.

—Gracias.

—Pero no le voy a decir nada. Y no me pregunte por qué. Usted conoce la respuesta —dirigió una mirada a su alrededor—. Todo esto lo paga Sandy y en el armario hay un abrigo de visón. Dentro de unos días nos marchamos a Florida... Suponga que pierdo a Sandy. ¿Ocuparía usted su lugar?

—Me animaría a ocuparlo durante un par de días, quizá tres. Le compraría alguna baratija, unos pendientes de cinco dólares. Y la llevaría en mi coche, ¿sabe? Tengo un “Jaguar”. Solo he pagado un dólar a cuenta. Y nada de Miami. Conozco un lugar a siete millas de aquí que también tiene palmeras.

—Es usted muy chispeante, señor Bannion. Pero perdería demasiado con el cambio.

—Es una verdadera pena... para mí.

Descendió del sillón y vino hacia mí.

—Abrácame.

La abracé y la besé en la boca.

—No era eso lo que quería —rio—. Solo deseaba bailar.

Dimos unos pasos por la estancia.

De pronto sonó el teléfono.

Yo estaba más cerca que ella de la mesa y lo atrapé.

—Démelo —dijo y se tiró encima pero la aparté a un lado.

—Elisa —dijo una voz varonil—. Soy Robert Crosman.

Le di el teléfono a ella.

—Es un tal Robert Crosman.

Apretó los menudos dientes, mientras aceptaba el micro.

—¿Sí? —escuchó durante un rato y luego dijo—: Está bien, Robert, gracias.

Luego colgó.

La atraje contra mí pero no reanudé el baile.

—¿Por qué te has hecho pasar por Ruth Loomis?

—¿Qué?

—Tú no eres Ruth. Tu nombre es Elisa.

Se apartó como si mis manos le hubiesen quemado la piel.

—Lárgate, Ese que llamó es Crosman, uno de los hombres de Sandy. Vendrá aquí.

—Me importa un rábano que venga. ¿Por qué me engañaste?

—Preguntaste por Ruth Loomis y yo no tuve inconveniente en seguirte la corriente. Me gustaste y yo estaba muy aburrida. Ruth y yo compartíamos este apartamento, y cuando ella se fue, quedé sola. Crosman, uno de los empleados de Sandy, es mi amigo. Creo que no te conviene que te vea aquí.

—Está bien, nena, te voy a creer pero antes de marcharme me vas a decir dónde puedo ver a Ruth.

—Te lo diré pero, por favor, no digas que te informé yo.

Me dio una dirección de la calle 62 y luego pregunté:

—¿Tienes alguna fotografía de Ruth? No quiero que me vuelva a ocurrir que alguien se haga pasar por ella.

Abrió la puerta y pasó al interior del cuarto. Invertió muy poco en regresar a mi lado alargándome una fotografía donde se reflejaban dos mujeres. Una de ellas era la mujer que tenía delante.

—¿Es esta Ruth Loomis?

—Sí.

La miré otra vez.

Ruth Loomis, la amiga de Sandy Evens, era mi cliente Sarah Kenton.

CAPÍTULO XII

Pulsé el timbre y el carillón me dio las tres tonalidades.

Sarah Kenton apareció en el hueco.

—Steve, querido...

Pasé dentro y ella se me colgó del cuello y unió su boca fuertemente en la mía.

No colaboré en aquel beso.

—¿Qué te pasa, Steve?

—Todo salió mal.

—¿Sí?

—Encontré las pruebas pero me las arrebataron.

—Oh, Steve...

La estaba mirando profundamente a los ojos. Yo había dicho de aquella mujer que era la más maravillosa que había encontrado en mi vida. ¿Qué clase de estúpido era? Me dieron ganas de soltar una carcajada. Sí, de reírme de mí mismo.

—Ven conmigo, Steve —dijo y me tomó del brazo.

Fuimos a la biblioteca.

—¿Hay alguien en la casa? —pregunté.

—Nadie —contestó, mientras escanciaba *whisky* en los vasos.

Ocupé un sillón. Nunca en mi vida había estado tan cansado como ahora. Y no era por los golpes recibidos, desde que empecé aquel caso. Hay algo peor que los golpes. Ocurre cuando algo que ha armado uno en su interior, se desmorona de pronto, convirtiéndose en ruinas.

Me trajo el *whisky*, se sentó en el brazo del sillón y pasó una mano por mi cabello.

—Steve, no sabes cuánto lo siento...

—Me hago cargo, pequeña.

Era bella. La más hermosa pelirroja que habíase cruzado en mi camino. Sus ojos verdosos eran grandes, poblados de sedosas pestañas. Y yo había sentido palpar su corazón junto al mío.

Pero era un demonio.

Un diablo con cabello rojizo que pertenecía a un hombre

repulsivo, a Sandy Evens.

Sí, había sido mía pero ahora sentía asco de mí mismo porque mis manos habían tocado su piel, la piel que Sandy Evens había acariciado con las suyas...

—No te preocupes, Steve —dijo.

—No me preocupa.

—Alguna vez has de fracasar.

—No, nena. Yo no admito el fracaso.

No lo dije con voz jactanciosa sino con el tono de un ser aburrido.

—¿Es que vas a seguir peleando con Sandy Evens?

—Sí, pero ya queda poco.

—No te comprendo.

—Óyeme una cosa, Sarah. Los hombres de mi profesión han de poseer un sexto sentido. Es el que les advierte cuándo están en peligro. A mí me falló.

—Te enfrentaste con una fuerza demasiado grande.

—Es posible que tengas razón, pero resulta curioso, pequeña. Sandy Evens no habría conseguido engañarme nunca. Ni Sandy ni cualquiera de sus hombres —hice una pausa—. Tuvo que ser una mujer.

—¿Una mujer?

—Tú, Sarah.

Se apartó del brazo del sillón.

—¿Qué estás diciendo, Steve?

—Sandy Evens se debió de volver como loco cuando supo que Peter McKay había logrado apoderarse de unas pruebas contra él. Tenía que recuperarlas costase lo que costase. Peter ya había puesto en marcha a su abogado, a Simon Boyen, quien debía presentar la copia de los documentos ante el Comité Senatorial de Actividades Ilegales en los Sindicatos. Lo primero que hizo Sandy fue enviar a sus asesinos a Washington para evitar que Boyen hiciese tal cosa, pero con ello no terminaban sus preocupaciones. Tenía que recuperar los documentos genuinos. Naturalmente, no sabía dónde estaban pero entonces se le ocurrió una idea. ¿Por qué no interesar en el caso a un detective eficiente, a un tipo que no le asustase nada?

Hice una pausa y reí.

—Estoy haciendo mi descripción, porque según Sandy Evens, yo era justamente el hombre que reunía esas cualidades. Pero Sandy Evens sabía que jamás lo aceptaría como cliente. Entonces tuvo una idea, ¿o fue a ti a quién se le ocurrió?

La cara de Sarah estaba cada vez más pálida.

—Tú te presentarías ante mí como la presunta prometida de Boyen. No hace falta que diga nada más, ¿verdad? Todo aquello del asalto de la carretera fue una comedia bien montada. Equivocaste la carrera, nena. Debiste ser actriz.

—¿Y has venido aquí para decirme todo esto?

—No podía dejármelo dentro.

—Debiste abandonar la ciudad inmediatamente.

—No, nena. No quería marcharme sin darte las gracias por los buenos ratos que me has hecho pasar.

También me puse en pie y ella retrocedió.

—No te acerques a mí.

—La última escena la voy a dirigir yo.

—¿De qué hablas?

—Llamarás ahora mismo a Sandy y le dirás que venga aquí.

—No voy a hacer tal cosa.

—Le dirás que traiga el microfilm porque quieres verlo con tus propios ojos... Necesitas ver la prueba que existía contra él.

—No.

Se había acercado a la mesa.

Tiró del cajón y metió la mano dentro.

Saltó sobre ella cuando se revolvía con la pistola. La tomé por la muñeca y le di un tirón haciéndole arrojar el arma al suelo.

Le solté dos bofetadas en la cara.

—¿Quieres que te quiebre un hueso?

—Está bien. Lo haré pero ¿qué vas a adelantar con eso? Sandy no vendrá solo.

—Déjalo de mi cuenta, nena.

La ayudé a levantarse pero se soltó pegándome un manotazo.

Se lanzó otra vez sobre la pistola, pero yo estaba atento y la atrapé por el camino.

Esta vez la estrellé contra la mesa y le puse una mano en el cuello.

—Basta de trampas, dulzura.

Atrapé con la otra mano el teléfono y se lo acerqué al oído.

—Disca el número.

—No puedo... me estás ahogando.

Aflojé un poco la presión.

—Anda, marca si no quieres que te estrangule.

Le di la vuelta a la mesa poniéndola boca abajo y de esa forma pudo ver los números del dial. Marcó el número mientras respiraba entrecortadamente.

—¡Recuérdalo, nena. Si le das aviso no vacilaré en liquidarte.

—No serías capaz.

—Claro que sí. Han muerto muchas personas por tu culpa y no existe ninguna prueba legal contra ti.

No; yo nunca la habría matado, no soy un asesino, pero puse mucha decisión en mi voz y ella picó el anzuelo.

—Quiero hablar con Sandy —dijo.

Acerqué la oreja al auricular.

Al cabo de un rato, oí la voz de Sandy.

—¿Qué pasa?

—Soy Ruth, Sandy.

—Hola, nena. Tengo el microfilm desde ayer pero Bannion se escapó y no sabemos dónde se ha metido. Lo hemos buscado en su apartamento, en la oficina y en casi todos los hoteles de la ciudad... Seguramente debe haberse largado.

—Mejor para él... Sandy, quiero que vengas. Estoy muy sola.

—Sí, nena. Brindaremos por el éxito de nuestro negocio.

—Ah, y de paso te traes el microfilm. Quiero ver lo que Peter McKay había conseguido de ti.

—Está bien, Ruth. Voy para allá.

Oí que Sandy colgaba y a continuación quité el micro de la mano a la pelirroja y lo puse en la horquilla.

Sarah se apartó, frotándose el cuello, donde tenía marcadas las huellas de mis dedos.

—Eres un loco, Steve.

Saqué un cigarrillo y me lo puse en los labios.

—No eres la primera en decírmelo —repuse mientras encendía.

En sus ojos se produjo un cambio. Ahora se puso tierna.

—Steve... Márchate y deja que yo hable con Sandy.

—¿Para qué?

—Conseguiré un buen paquete de dinero para ti.

—Sandy ya me ofreció diez mil. ¿Cuánto le vas a pedir tú?

—No lo sé, pero conseguiré más.

—Todo lo cifráis en dinero. Es lo único que os importa. A ti, a Sandy y a los demás que estáis metidos en el lodazal.

—¿Por qué no eres realista?

—Soy muy realista, nena.

—No, no lo eres. El dinero es necesario para vivir bien, Steve. Y no debe importar mucho el procedimiento por el que se consigue. Coge a cien hombres y dime cuántos de ellos se interrogarán cuando se disponen a dormir cómo han llegado los billetes a sus bolsillos.

—Eres muy moralizadora.

Ella ocupó otra vez el sillón.

—Está bien, Steve. Asistiré a tu entierro.

—No me guardes luto, querida.

—Descuida, no te lo guardaré... Ya me cansé del negro. Prefiero el verde. Va mejor con mi cabello.

Miré el cuadro del hombre que había dicho que era su padre.

—Quién es?

—Y yo que sé. Sandy alquiló la casa para mí. No conocí a mi padre... Pasé quince años de mi vida trabajando en las plantaciones de algodón en Georgia y al final, me cansé.

—A muchas jóvenes de hoy en día les pasa como a ti. Se cansan demasiado pronto.

—¿Quién moraliza ahora?

—Perdona, princesa.

Sonó una llave en la puerta de la calle.

—Bueno, ahí está —dije yendo hacia las cortinas—. Cuidado, nena, tendré una pistola en la mano.

Me escondí.

Oí pasos fuera y de pronto, la puerta de la biblioteca se abrió y escuché la voz de Sandy.

—¿Cómo estás, querida?

Sarah fue a su encuentro.

—Te he echado mucho de menos, Sandy.

Antes de que se besaran salí de mi escondite, con la pistola en la diestra.

Sandy estaba enfrente de mí y, al verme aparecer, olvidó a la pelirroja.

—Maldito sea, Bannion. ¿Qué hace aquí?

CAPÍTULO XIII

—Hola, Sandy. Nos volvemos a ver.

Evens se apretó los maxilares haciendo resaltar los músculos de su cara.

—Pensé que sería más juicioso después de haber logrado salvar el pellejo.

—Deme el microfilm, Sandy.

—¿Qué?

—Lo ha oído perfectamente. El microfilm de las pruebas contra usted.

—No lo tengo conmigo.

—Claro que lo traje. Regístralo tú misma, nena. ¿O prefiere que lo haga yo, Sandy? Le aseguro que si me acerco a usted se lo voy a sacar a culatazos.

Sandy reflexionó rápidamente.

—En el bolsillo de la izquierda, nena.

Sarah metió la mano en el bolsillo de la izquierda y sacó una pequeña caja de cartón.

—Arrójala hacia aquí, dulzura.

Me la tiró y lo cacé al vuelo.

Extraje el contenido. Era, efectivamente, un microfilm.

—Bueno, Sandy, ahora quiero que haga algo por mí.

—¿El qué?

—Va a llamar usted mismo a la policía.

—De acuerdo, Bannion. Usted ha ganado —forzó una sonrisa—. Obtendrá el premio.

—Claro que lo obtendré. Lo veré en la cárcel. Tendrá que responder por unos cuantos asesinatos.

—No sea estúpido, Bannion. ¿Qué iba a ganar usted con eso?

—Voy a tranquilizar mi conciencia y eso es lo único que me interesa.

De pronto la puerta se abrió de golpe y Rohan y otro hombre entraron con pistolas.

Yo tenía que desviarme un poco para hacerles frente de modo

que me dejé caer en el suelo.

Para entonces, todas las armas estaban disparando fuego.

Rohan McNulty fue el primero en caer. Antes de hacerlo, le vi en la cabeza una herida muy fea.

El otro recibió un plomo en el estómago y su pistola escapó de entre sus dedos con tanta fuerza que casi llegó a mis pies.

Luego se puso a aullar como un perro rabioso revolcándose en la alfombra.

Sandy Evens había cambiado de lugar. Hacía rato que había descubierto la pistola de Sarah y, aprovechando la confusión, logró apoderarse de ella.

Reía mientras apretaba el gatillo.

Su bala me quemó la carne del brazo.

Yo le quemé el corazón.

Lo vi quedarse inmóvil. Su boca seguía sonriendo cuando se vino hacia delante.

Todo quedó en silencio.

Sarah estaba blanca como la pared. Tomó el vaso de *whisky* y bebió el contenido de un trago. Sus dientes castañeteaban.

Tomé el auricular y marqué el número de la Brigada de Homicidios.

* * *

—¿Cómo consiguió mi hermano las pruebas de ese microfilm?
—me preguntó Helen McKay.

—A esa pregunta solo podría contestar él, pero hay que suponer que debió entablar amistad con alguna persona de la confianza de Sandy Evans o quizá compró la mercancía... Nunca lo sabremos...

Ya nada tenía que hacer allí. Llevábamos media hora hablando de aquel asunto y yo quería enterrarlo para siempre. Helen tenía sus motivos para desear lo mismo.

—Tengo que marcharme.

Vino conmigo hasta la puerta.

—Adiós, Helen.

Ella se quedó indecisa.

—Terminaré pronto el trabajo, Helen. Solo tengo que ir a la Brigada de Homicidios. He sido citado allí por tercera vez. Luego

tendré deseos de tomar una taza de café... ¿Estarás en el bar?

—Sí, Steve. Te esperaré.

Media hora después salía de la jaula del ascensor y echaba a andar por el pasillo que conducía a mi oficina.

De pronto me detuve. Justo ante mi puerta había una mujer hermosa. Estaba llamando al timbre.

Di media vuelta y corrí hacia la escalera, cuyos peldaños empecé a descender de dos en dos.

La mujer que trataba de entrar en mi oficina era una pelirroja.

FIN

Clark Carrados

La chica bajo el farol

APARECERA LA PROXIMA
SEMANA EN ESTA COLECCION



Precio: 7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



MARABU ZAS

160 páginas
Dibujos a dos tintas
Cubierta a todo color
Precio: 20 ptas.



En plena forma
4.000 años de piratería
Supere su timidez
El año 2.000 según las profecías
Complejos
El jazz
La aviación moderna
¡Bailemos!
Interprete sus sueños
Papas y concilios
La grafología
Historia del Club de Fútbol
Barcelona
Los cohetes
Timos
Historia del Real Madrid

COLECCION HISTORIAS

Gran variedad de temas:
Aventuras, Religiosos, Femeninos, Biografías. Infantiles, Cuentos.

Cada volumen incluye 250 ilustraciones que permiten seguir el relato sin leer el texto.

160 títulos publicados. Una completísima biblioteca juvenil para niños y niñas, recomendada por todos los profesores.

La mejor presentación

Encuadernación muy resistente con sobrecubierta a todo color, esmaltada. 256 páginas.

El mejor precio: 30 ptas.

DICK TURPIN Y



BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
822 — Carlos de Santander
FATAL INTROMISION

COLEC. "MADREPERLA"
718 — Jaime Burgos
DE HOY EN ADELANTE

COLECCION "ROSAURA"
662 -- Jesús Navarro
AMOR DE JUVENTUD

COLECCION "AMAPOLA"
549 — Isabel Salueña
EL ANFORA DEL AMOR

COLECCION "ALONDRA"
483 — G. Colomer
BONITA Y PELIRROJA

COLECCION "CAMELIA"
424 — Josefina M.^a Rivas
POCOS AÑOS... Y UN
MARIDO

COLECCION "CORAL"
100 — Corín Tellado
FUEGO EN EL CORAZON

COLECCION "CORAL"
101 — Corín Tellado
TIMIDEZ Y PASION

COLECCION "BISONTE"
763 — John Lack
CHESTER ERA ASI

COL. "SERVICIO SECRETO"
627 — Keith Luger
LA MUERTE LLEGARA
A LAS SEIS

COLECCION "BUFALO"
460 — A. Rolcest
LA ZANCADILLA DEL
DIABLO

COLECCION "COLORADO"
252 — Orland Garr
BAJO EL IMPERIO
DEL TERROR

COLECCION "KANSAS"
218 — M. Lafuente Estefanía
DOCE BALAS EN EL
BLANCO

COLECCION "CALIFORNIA"
307 — Ros Talbot
UN PUÑADO DE DOLARES

C. "H. DEL OESTE" (Ext.)
200 — M. Lafuente Estefanía
EL MEJOR "SHERIFF"
DE DODGE CITY

COLEC. "ASES DEL OESTE"
170 — Rogers Kirby
"KIT GATILLO"

COLEC. "BRAVO OESTE"
82 — Clark Carrados
SAVIA ROJA

COLEC. "PUNTO ROJO"
16 — Silver Kane
EL HORROR Y TU

COLECCION "TEXAS"
328 — M. Lafuente Estefanía
EL INDIO

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 645 - Buenos Aires

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera, S. R. L.
Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.
- CUBA:** Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57
LA HABANA.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacchuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUN-
CIÓN.
- PERU:** Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.



Dana Wynter

Nació en Londres el primero de junio de 1932 con el nombre de Dagmar Wynter. Recientemente la hemos admirado en "La muchacha de Berlín", "Amor y guerra" y "Hundido al Bismarck".



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain